Nuestras propias historias

# Realismo social II









# Realismo social

## II

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**
Lenín Moreno Garcés

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Milton Luna Tamayo

**VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN**
Alfredo Astorga Bastidas

**VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA**
Francisco Cevallos Tejada

**SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR**
Diego Paz Enríquez

**DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)**
Laura Barba Miranda

**EQUIPO TÉCNICO**
**Coordinación editorial:** Verónica Vacas Andrade
**Consejo editorial:** Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

**EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**
Medios Públicos - EP

**IMPRESIÓN**
Medios Públicos - EP

**ISBN:** 978 9942 22 362 3



**Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador**

**www.educacion.gob.ec**



## Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN










*Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.*

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

# Presentación

Los libros de la colección “Nuestras propias historias” son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

# Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

# Índice

Recuerdo que no olvido 11
LADY JESSENIA GUAMBO

La vida de Jonathan 14
JONATHAN STEVEN CUELLAR

Mariana y la historia de su niñez 17
ALISSON SÁNCHEZ

Lo que siento 22
CRISTIANEE LORENA ORELLANA

La vida no es fácil… pero siempre hay una esperanza 25
MAGI MERCEDES PLÚAS

Cómo descubrí mi pasión por la docencia 29
CLAUDIO FEDERICO MALO

Exquisito paisaje 36
ANDREA PAULETTE ANDRADE

La historia de mi papá 42
JADEN KAMILA CHARCOPA

Su ausencia 45
YARISELL RAMÓN

¿Amor? No, masoquismo 52
MELANIE CEDEÑO

¿Cómo ayudarte? 57
GINGER NOEMÍ GUERRERO

¿Maternidad? 62
JENNIFER CAROLINA PALAGUACHI

La vida te enseña cosas, cosas te enseña la vida 66
FABER ALEXANDER VILLOTA

Un héroe llamado papá 69
ERIKA ALEXANDRA FARINANGO

¡Ya tengo un hogar! 74
GABRIELA MARÍA MESÍAS

Se lo debo a mi madre 87
LUIS MIGUEL GARCÍA

El Sol sale para todos 93
RAQUEL MARÍA ASTUDILLO

El regalo de Nochebuena 100
GERMÁN EDUARDO GORDÓN

Me fui del país 103

MICHELE BRENDA CASAMEN

Un giro de 180° 107

EUGENIA APOLO

La pérdida 112

GILSON FERNANDO HERRERA

La suerte de las *warmis* 116

RAQUEL DE LOS ÁNGELES SANMARTÍN

La tristeza y la alegría, compañeras de mi vida 120

WILLMAN ALBERTO LANCHIMBA

Camino de valentía 125

NAYELI DOLORES AGUILAR

De los errores se aprende 130

MARLÓN DAVID TIPÁN

Tobal 134

DARIANA SUÁREZ

Durante el camino 138

ANTONIO JOJOA

Una nueva oportunidad 145

ROXANA SANTILLÁN

El hombre que hacía asustar a los borrachos 148

DELIA DOLORES AGUIRRE




**LADY JESSENIA GUAMBO**
nació en Guayaquil, Guayas, en 2017. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Vicente Rocafuerte. Su actividad favorita es escuchar música.

# Recuerdo que no olvido

Cuando yo tenía doce años, el día 5 de octubre del 2013, ¡me pasó algo que no he podido olvidar! Fue algo muy impactante para mi corta edad. Fuimos de viaje a Quito con mi familia y unos hermanos de la iglesia, porque teníamos un compromiso. A la ida estuvo todo muy bien, ¡al regresar a casa fue lo feo! Fuimos al terminal de Quito a coger un bus pero era muy tarde y no había ni uno. Todos



pensamos que nos íbamos a quedar a dormir en el terminal; luego apareció un transporte llamado Aerotaxi. Supuestamente ese era el único bus que había y era muy rápido. No tuvimos más opción que subirnos. Creo que eran aproximadamente las 20:30.

Yo me senté junto a  mi tío y me dormí. Llevaba una carterita con juguetes, como toda niña. Después me contaron los hermanos que habían visto a dos personas sospechosas en el transporte. El bus iba cogiendo pasajeros fuera del terminal hasta que llegamos a Santo Domingo. De repente, entre sueños, escuché a unas personas hablando muy feo, me desperté asustada y vi a cinco ladrones con pistolas muy grandes. Solo entonces la gente del bus se acordó de Dios. La verdad es que así somos, solo cuando nos pasa algo nos acordamos de nuestro creador, si no, andamos felices de la vida.

Todas las personas iban orando y llorando. Luego, uno de esos ladrones habló diciendo: “Todos miren hacia abajo”. Tres de esos delincuentes revisaron el bus, cogieron las maletas y se las llevaron. Después ordenaron que todos los hombres y mujeres bajaran del transporte. Mi papi, mi tío y las demás personas empezaron a hacerlo. Mi mami tenía una Biblia en la mano, en el medio del libro había metido plata. Ella oraba así: “La sangre de Cristo tiene poder”. También decía: “Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen”. Uno de los ladrones la quedó viendo, le dijo que bajara, pero ella no lo hizo y le dijo: “Estoy enferma”. Entonces la dejó. Yo estaba sentada a su lado, llorando, y ese ladrón se llevó mi carterita de juguetes pensando que tenía algo. La verdad, por mi mente pasaban muchas cosas feas.

Luego volvieron las personas que habían salido del bus: los hombres estaban sin zapatos, las mujeres no tenían aretes, cadenas, etc. Mi papi había logrado recuperar mi carterita con juguetes. Después, llegamos al terminal de Guayaquil; los hombres caminaban descalzos y las demás personas los quedaban viendo. Finalmente, cogimos un taxi. Yo iba sentada adelante con mi papi y sin querer dejé la cartera olvidada en el carro. Me acordé de ella en la casa. Eso fue muy chistoso: ¡recuperé la cartera de los ladrones y la olvidé en el taxi! La verdad esa fue una experiencia que jamás podré olvidar. Ahora tengo miedo de viajar en bus particular y no sé cuándo pueda superarlo.

**JONATHAN STEVEN CUELLAR**
nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Juan XXIII. Su actividad favorita es el fútbol.

# La vida de Jonathan

En la ciudad de Quinindé, provincia de Esmeraldas, el 27 de julio del 2001 nació un bebé hermoso y robusto que alegró a su familia. Su nombre era Jonathan. Desde el inicio de su vida contó con el amor y apoyo de parte de su madre. Ella decidió criar a este niño junto con su abuela y abuelo maternos. Cuando cumplió cinco años de edad, su mamá empezó a buscar trabajo porque la

situación económica no era muy buena, en especial porque tenía que ser padre y madre al mismo tiempo.

Desde pequeño, él tuvo que vivir en un lugar lleno de violencia y drogadicción, un barrio llamado La Aldea. Cuando creció un poco más, fue víctima del maltrato por parte de su padrastro, quien estuvo con su madre tres largos años.

Durante esta época vivió muchos tormentos ya que su padrastro se dedicaba al consumo y venta de coca y *creepy*. Fue así como se vio inmerso en este mundo, que lo llevó a la perdición y destrucción de su infancia y adolescencia. A los nueve años ya se había convertido en un delincuente. Su padrastro lo había obligado a volverse así, porque lo había amenazado con pegar a su mamá hasta el cansancio o incluso acabar con su vida si no lo ayudaba en su negocio. Por esta razón, el joven vendía droga y destruía los hogares y las vidas de las demás personas.



Jonathan estaba cansado de ver cómo sus amiguitos consumían este veneno mortal y acababan con su existencia poco a poco. Lo peor sucedió cuando, al regresar a casa, encontró a su hermano menor convulsionando por una sobredosis de coca. Estaba tirado en el suelo a punto de morir. Su padrastro había dejado un paquete sobre la mesa y él había consumido el contenido. Sin saber qué hacer, Jonathan llamó a su madre y le dijo: "¡Mamá mi hermano se muere!".

En ese instante lo llevaron al hospital más cercano. Mientras lo atendía el médico, el niño se encontraba entre la vida y la muerte. Jonathan se vio envuelto en lágrimas, sufrimiento y dolor, Dios era el único con quien contaba en ese momento. Se fue a la casa y, entre sus cosas, encontró una foto en la que él y su hermano estaban juntos compartiendo felices los momentos de su primer añito de vida, y no pudo dejar de llorar.

Al día siguiente, a las 8:00 a. m., sonó el teléfono. Jonathan se emocionó mucho porque sabía que iba a tener noticias de su hermanito y rápidamente contestó. Escuchó a su mamá que lloraba sin cesar. El joven preguntó:

—Mamá, ¿qué sucede?

Ella le respondió:

—¡Murió tu hermanito!

Este acto cruel de parte de su padrastro hizo que el adolescente pudiera decidirse a cambiar su vida, transformándose en un joven de bien y dispuesto a servir al prójimo desinteresadamente. Su abuelita se hizo cargo de él y lo formó para que fuera una persona humilde, respetuosa, con valores, y no un delincuente de la calle o un individuo sin respeto a las demás personas y a sí mismo. Con gran sacrificio y esfuerzo, pudo educarlo y, con el tiempo, hacer de él un buen joven.




**ALISSON SÁNCHEZ** nació en Paushiyacu Alto, Tena, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Presidente Tamayo. Su actividad favorita es el deporte.

# Mariana y la historia de su niñez

Mariana es una chica que fue criada desde muy pequeña por sus tías y sus bisabuelos. Ella los llamaba mamá y papá. Cuando cumplió seis años, supo que no eran sus padres, pero los sentía y recordaba como tales porque ellos la habían criado desde muy pequeña.

Al conocer a más miembros de la familia, Mariana supo que tenía una tía y dos tíos. ¡Entonces ella pensó que esos eran sus padres biológicos! Empezó a llamar mamá a su tía Lucía y papá a su tío José. Pensaba que su otro tío, Manuel, era su hermano. En unos meses, Mariana dejó de vivir con sus bisabuelos y empezó a convivir con sus tíos. Pasaron los años, fue al jardín de infantes y, después, a la escuela. Cuando estaba en 4. º año de básica sus tíos conversaron con ella. Tranquilamente, le comenzaron a decir que ellos no eran sus padres y que Manuel no era hermano.

—Únicamente somos tus tíos, hermanos de tu mamá —le explicaron.

Mariana preguntó:

—¿Quién es mi mamá?

Su tía Lucía le respondió:



—Tu mamá se llama Lucrecia y vive en Suiza.

Mariana agachó la mirada con tristeza y dijo:

—¿Por qué se fue y no me llevó con ella?

Entonces sus tíos le mostraron una foto de ella. Mariana vio la imagen de su madre pero no se sintió asombrada. No hizo más preguntas y se fue a jugar. Al otro día, Mariana le preguntó a su tía Lucía (para entonces ya le había dejado de decir mamá):

—¿Y será que algún día le conoceré?

Su tía le respondió:

—¡Tal vez sí! He hablado con ella y tiene planeado venir a conocerte y pasarla contigo.

Cuando tenía nueve años, Mariana supo que su mamá iba a viajar a Ecuador. Recibió con emoción la noticia y se enteró de que tendría que ir a Quito con sus bisabuelos, sus tíos y dos tíos más por parte de su mamá, para recibirla en el aeropuerto.

Al llegar a Quito, sus tíos la llevaron a comer y a conocer el parque La Carolina. Al saber que se acercaba la hora en que Lucrecia llegaría al aeropuerto, terminaron de pasear, cogieron un taxi y se dirigieron hacia allá. Mariana estaba contenta porque era la primera vez que vería a su madre.

Al llegar al aeropuerto, sus bisabuelos le cogieron de la mano y se dirigieron a la sala de llegada, donde encontrarían a su mamá. Sus tíos vieron que Lucrecia ya se acercaba y dijeron:

—Ahí está llegando.

Mariana empezó a mirar y su tía Lucía le dijo:

—Ahí está tu mamá.

Ella no sabía cuál de todas las personas que salían era su madre. Al ver que sus bisabuelos y sus tíos lloraban, ¡ella lo hizo también sin saber por qué! Al notar que una señora corría hacia

ella, Mariana hizo lo mismo, abrazó fuertemente a su mamá y lloró de la emoción.

Después de todo el encuentro, fueron al terminal para comprar los boletos y viajar a casa, donde toda la familia esperaba la llegada de Lucrecia.

Al llegar, todos se pusieron alegres por la visita. Mariana pasó un mes con su mamá; disfrutaron y compartieron momentos inesperados. Pero cuando faltaban dos días para que se marchara, Lucrecia comenzó a preparar sus maletas. Mariana le dijo:

—¿Por qué las alistas si tú ya te vienes a quedar conmigo?

La mamá de Mariana comenzó a llorar por la triste realidad: solo había venido por un mes a Ecuador. No supo qué decirle a su hija pero notó el sufrimiento que le iba a provocar, porque ella iba a seguir creciendo sin el amor de su madre.

Entonces salieron al centro, Lucrecia compró un juguete que Mariana quiso y le dijo:

—¡Te lo compro pero ya no vas conmigo al aeropuerto!

Mariana se puso contenta por el juguete sin saber que con eso su madre le estaba evitando el momento tan doloroso de verla partir.

Su mamá se lo compró y, al llegar a casa, Mariana empezó a jugar con él. Al anochecer Lucrecia ya tenía todo listo para viajar a Quito. Mariana y su mamá se acostaron y conversaron. Lucrecia le empezó a decir que la amaba mucho, que se cuidara y se portara bien. Mariana respondió que sí, que ella se iba a portar bien. Ella no sabía que su mamá ya tenía que partir, pensaba que iba a irse y regresar. Se quedaron dormidas juntas y Mariana no sintió cuando su mamá se marchó.

Al amanecer Mariana, despertó y sintió que no había nadie a su lado. Se levantó, empezó a buscar por toda la casa y a hacer preguntas a sus tías:

—¡Dónde está mi mamá!

Ellas le respondieron:

—Ya se fue.

Pero a Mariana todo le sonaba diferente y preguntó:

—¿Y va a regresar?

Y ellas le contestaron:

—No se sabe.

Entonces Mariana empezó a llorar. Estuvo deprimida mucho tiempo porque no había pensado que su mamá se iba a marchar y había creído que iba a vivir con ella. Mariana se quedó nuevamente con sus tías, pero ya no con las verdaderas sino con las tías de su mamá.

Han pasado ocho años desde que Lucrecia se marchó. Ella no ha vuelto. Durante ese tiempo, Mariana ha convivido con diferentes tías. Ella se ha acostumbrado a vivir sin su mamá todos esos años, pero a la vez ha necesitado mucho de alguien que la escuche y la entienda.

Hoy en día, Mariana ya es grande y está en el colegio. Ha luchado desde muy pequeña por no descuidar sus estudios y agradece principalmente a Dios, por no caer en malas influencias, y a sus bisabuelos y a sus tías por todo el esfuerzo que han hecho en criar a un miembro de la familia sin sus padres.

**CRISTIANEE LORENA ORELLANA**
nació en Alausí, Chimborazo, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Federico González Suarez. Su actividad favorita es jugar básquet.

# Lo que siento

Cada sentimiento que nace de mí es puro, completamente lúcido, lleno de pasión y felicidad. Las expresiones de mi rostro demuestran todo lo que quiero decir.

Les contaré una historia que no es muy casual en la vida cotidiana. Todos hemos vivido situaciones personales difíciles, en las que nos cohibimos o nos paralizamos ante el problema. A veces, tenemos la satisfacción de apreciar diferentes condiciones que nos emocionan, la respiración se acelera, nuestros ojos se dilatan y el cuerpo se estremece al sentir la alegría en su máxima expresión.

Siempre he tenido a mi lado a una persona muy especial, esa persona me entiende y es como mi alma gemela. Mi dolor también le afecta; mi llanto y mis malestares son suyos. Es tan poderosa que logra cambiar mi estado de humor. Nunca deja notar sus debilidades, aún peor los conflictos en los que puede estar. Siempre está tratando de satisfacer a todos con una gran sonrisa y una mirada que oculta, detrás de ese café candente, sentimientos que en algún momento podrían estallar.

Cada vez que pienso en ella tengo una sensación extraña. Recuerdo todos los momentos que vivimos; todos fueron especiales, inolvidables e irreemplazables. Siento euforia y, a la vez, un daño profundo al recordar el tiempo que pasé con ella.

Desde que se fue, el dolor me ha invadido. Es uno de los horrores más grandes que se puede experimentar, en especial, cuando no se tiene a nadie con quien contar o una gran fuerza de voluntad para salir adelante. Cuando perdemos a alguien, nos derrumbamos en nuestro interior, somos seres sin aliento ni poder, demolidos por dentro; guerreamos una lucha contra un dios, pero con la fortaleza de un subordinado.

Las cosas han cambiado tanto. Hay un nudo en mí, algo que me bloquea y me impide sobresalir, ser feliz y sentirme protegida. Al escuchar su voz, se me parte el corazón; se nota el dolor y la desesperación, mientras que yo —lejos de ella— me siento vacía, sin un lugar en mi entorno. Mis ojos ya no tienen el mismo brillo de antes, los lapsos de risa han disminuido, resolver problemas se ha hecho más difícil y salir adelante me está costando aún más.

De seguro que esa persona debe estar sufriendo igual. Aunque no lo demuestre, ella también llora, sufre, se resigna y sigue luchando cada día, lejos de su hogar, de la tierra que ha sido todo para ella, de los paisajes más hermosos y calmados, de la gente que conoce, de toda su familia y, en especial, lejos de mí. Todo en esta vida tiene una explicación; por alguna razón, ella tuvo que

irse y sé que debe haber una explicación de tanto dolor en un solo escenario.

Pero, gracias, una y mil veces. Gracias, por haberte marchado. Me he logrado superar, he crecido como persona, aprendí a salir adelante, hice nuevos amigos, encontré una nueva cuna donde acurrucarme. Esta vida se trata de adaptarse al entorno y lo he alcanzado, he vencido la barrera de lo que siento para entender lo que necesito.

Gracias madre; crecí junto a ti, pero me he desarrollado más lejos de ti. No puedo sentir el calor de tus brazos ni oír las lecciones que me darías, pero he podido sentir tu presencia espiritual, sin necesidad de lo físico.

Gracias Dios. Gracias madre.



**MAGI MERCEDES PLÚAS**
nació en Guayaquil, Guayas, en 1981. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Institución Educativa Amarilis Fuentes Alcívar. Su actividad favorita es estudiar.

# La vida no es fácil... pero siempre hay una esperanza

A continuación, voy a contarles la historia de Bianca, una mujer que desde que nació tuvo que vivir en un ambiente familiar conflictivo; a lo largo de su existencia conoció a personas crueles pero también a otras que la ayudaron a ser un mejor ser humano.

En el año 1996, en el cantón Pedro Carbo, ella nació. Sus padres estaban separados. Después de un mes de que Bianca viniera al mundo, su madre decidió abandonarla. La dejó a cargo de su abuela materna. Ella la crio hasta que la niña cumplió seis años de edad. Fue entonces cuando el papá decidió luchar por su custodia hasta que lo consiguió. Pero él era un hombre soltero y ella, solo una niña, así que decidió dejarla viviendo con su abuela paterna, pues eran vecinos. Esta señora vivía con su esposo y un hijo, es decir, el tío de Bianca.

El tiempo pasó y la niña creció con desórdenes alimenticios en un ambiente sin amor. Vivía muy triste, sus días eran desalentadores, iba a la escuela sin desayunar y sin dinero para poder comer algo en el recreo. Una noche, mientras todos dormían, el abuelo despertó y entró al cuarto de la niña. Después de varios minutos, el tío se dio cuenta de que el abuelo de la niña la estaba manoseando. A la mañana siguiente, le contó al papá de Bianca lo que había sucedido la noche anterior. Él, muy indignado, se reunió con sus hermanos y tomaron una decisión. Cuando Bianca regresó de la escuela se llevó una gran sorpresa cuando le dijeron que ya no viviría más con sus abuelos paternos, sino con sus tíos. Ella estaba muy feliz porque sabía que así tendría la compañía de sus primitos.

Pasó el tiempo y Bianca cumplió doce años. Su papá conoció a una joven llamada Ruth. Fueron enamorados por mucho tiempo pero la joven decidió dejarlo. El padre de Bianca se puso muy triste. Después de unos meses tuvo otra enamorada llamada Amalia y se terminaron casando, pero todo fue por despecho, él no se quería quedar solo, deseaba tener una compañera de vida. Cuando regresaron de la luna de miel, obligaron Bianca a vivir junto a ellos como una familia. Pero a la niña le fue muy mal. Su



madrastra era muy cruel, solo cocinaba para ella y para su esposo. Ambos la trataban mal y con palabras muy vulgares y déspotas.

Después de tres años, Bianca conoció a un muchacho llamado Víctor. Poco a poco se fueron haciendo más cercanos y luego de varios meses él le pidió que fuera su novia. Ella se enamoró perdidamente de Víctor porque nadie le había demostrado amor en toda su vida. Bianca aceptó ser su novia, en ese entonces ella tenía quince años. Luego de un tiempo se fueron a vivir juntos. Luego de unos meses, Víctor la llevó al médico con un fuerte dolor de estómago. Al inicio, el doctor diagnosticó que ella tenía un microquiste, pero después de más exámenes se dio cuenta de que ella tenía cuatro meses de embarazo. Este fue muy riesgoso.

Tiempo después, Bianca estaba de visita donde su abuela cuando se resbaló. Esto provocó que su embarazo se adelantara. Era de noche y la trasladaron a la maternidad en una ambulancia. Tuvo un parto muy prematuro. A las 2 a. m., el 3 de agosto de 2011, nació un niño muy frágil y con un peso muy bajo. Tuvo que pasar internado y en una termocuna porque había nacido de veinticuatro semanas. Sus padres lo vigilaban constantemente. Ellos viajaban al hospital todos los días desde muy temprano y regresaban a casa muy tarde.

Un día dieron de alta al bebé. Víctor y Bianca lo llevaron a su casa y le pusieron el nombre de Daniel Josué. El niño empezó a crecer, pero cuando cumplió su primer año de vida sus padres se dieron cuenta de que no se estaba desarrollando normalmente, parecía tener algún problema con sus ojos. Entonces lo llevaron al oftalmólogo, quien determinó que Daniel tenía un desprendimiento de retina, algo muy común en niños prematuros.

El niño empezó a caminar a los dos años y seis meses. Fue creciendo poco a poco, con dificultades pero con el amor de sus padres. Un día Daniel convulsionó sin razón alguna. Los padres, muy asustados, lo hospitalizaron por dos semanas. Le realizaron una resonancia y le encontraron un aneurisma. Víctor y Bianca se sintieron muy tristes por lo ocurrido y debieron tener aún más cuidado con Daniel.

Ahora el niño tiene seis años. Sus padres lo cuidan con amor y paciencia. Bianca tiene veintiún años y se dedica a ser madre, esposa y estudiante. Una de sus metas es llegar a ser una profesional. Ha dejado atrás su vida de tantas tristezas en su niñez y adolescencia. Lo que ahora ansía es seguir luchando por su familia para que su hijo crezca en un ambiente lleno de amor y felicidad.

**CLAUDIO FEDERICO MALO**
nació en Biblián, Cañar, en 1982. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Nela Martínez Espinosa. Su actividad favorita es leer libros sobre teología.

# Cómo descubrí mi pasión por la docencia

En el patio de nuestra casa, mi padre, entre lágrimas, me dijo:

—Te autorizo a que te vayas y te voy a ayudar, pero si no pasas la frontera y regresas al país, te quedas

aquí. No te preocupes por el dinero que pediste, yo veré cómo hago y pagaré tu deuda.

Yo le contesté:

—Gracias, papi, no le defraudaré.

Apenas graduado del colegio como electricista y con diecisiete años de edad, como todo adolescente, me quería comer el mundo. La idea de ir a trabajar en los Estados Unidos había germinado ya en mi mente. "Quiero tener mis propias cosas y ayudar a mis padres", me decía.

El 8 de septiembre de 1999, Ecuador estaba agobiado por la crisis y el feriado bancario, así que salí del país con destino a Estados Unidos. Entre lágrimas, con el corazón queriendo salirse del pecho, y de rodillas les pedí la bendición a mis padres y me despedí de ellos con un beso en la mejilla. No sabíamos si nos volveríamos a ver. Mi maleta, más llena de ilusiones que de ropa, era mi única compañera.

Entonces, fui a Quito y me encontré con don Chacha, en un hotel de nombre Aucas; ahí me dieron todas las instrucciones.

Mi primer destino fue Costa Rica. Ya en el aeropuerto y con esa sensación extraña en el estómago que me ha acompañado siempre en los momentos de tensión, me subí al avión, miré por la ventana una última vez a mi país querido y, rezando e implorando al Todopoderoso que me acompañara, partí hacia lo desconocido.

Al llegar a Costa Rica, presenté mi pasaporte en migración y les dije que estaba de vacaciones como regalo de graduación. Me miraron, me pidieron más documentos y me desearon una buena estadía. Dios siempre ha estado conmigo. Al salir, tomé un taxi y pedí que me llevara a un hotel pequeño llamado Tortuguita. Ahí me esperaba doña Chivi, a quien tenía que entregar dos mil dólares. Estuve junto con otras dieciocho personas en ese hotel

por tres días. No se podía salir a la calle pues, irónicamente, estaba ubicado justo en frente de la policía nacional de aquel país.

Luego, doña Chivi, de alguna forma, me consiguió una visa a México, me dio más instrucciones de cómo tenía que llegar a otro hotel en Cancún y partí nuevamente. Con muchas oraciones y promesas de portarme bien, me embarqué en el aeropuerto con destino a ese nuevo país. Al llegar, una mujer de mediana edad me pidió mis documentos, los observó, sacó una lista de debajo de su escritorio, miró mi nombre en ella, me ponchó el pasaporte y me deseó una buena estadía.

Al salir, ya con menos nervios, nuevamente tomé un taxi hacia un hotel llamado Portales. Llegué alrededor de las cuatro de la mañana, le dije al recepcionista que venía de parte de don Chacha y me dio una habitación. Luego de dos horas alguien tocó la puerta. Era un señor de baja estatura pero de mirada profunda, quien había llegado para conducirnos a otro lugar. Vi que desde otras habitaciones salía más gente. Nos llevaron a una casa en donde había más de setenta personas de todas las nacionalidades. Por primera vez supe lo que es dormir en un suelo frío y sin nadie a quien recurrir.

En este lugar me encontré con un paisano de nombre Héctor e hicimos amistad. Luego de dos días en aquella casa, nos indicaron que teníamos que llegar a Mexicali; era un viaje de dos días en autobús. Nos dieron un guía, nosotros teníamos que seguirle; si él se bajaba del bus, nosotros teníamos que hacer lo mismo; si él tomaba otro, nosotros teníamos que hacerlo igual. La señal que nos indicaría que el guía se iba a bajar era que él se sacaba la gorra y se pasaba la mano por el cabello varias veces. Por tanto, teníamos que estar atentos; con mi amigo tomábamos turnos para dormir y no perder de vista a este personaje. Gracias a Dios, llegamos con bien al destino indicado.

Desde Mexicali teníamos que ir a un pueblo más cercano a la frontera. Un señor alto, de nariz aguileña y lentes gruesos, el Pelón, llegó a donde estábamos para darnos instrucciones. Hasta el día de hoy recuerdo cómo fui engañado vilmente por este personaje antes de la travesía final. Con una labia muy convincente, nos dijo que en el trayecto de Mexicali a la frontera íbamos a encontrar retenes policiales y que nos iban a robar, que nos iban a dejar sin dinero. Él nos sugirió que le entregásemos toda la plata que teníamos y que, al llegar a la frontera, él se comunicaría con su contacto y pediría que nos devolviera lo que le habíamos dado.

Como el muchacho inocente que era, saqué ciento cincuenta dólares que tenía escondidos en la pretina de mi pantalón y se los entregué. Ese flaco canalla escribió mi nombre y la cantidad que se supone que me devolvería en una pequeña libreta tan sucia como él. Una vez que llegamos al objetivo, le preguntamos al otro coyote sobre el dinero; lo único que obtuvimos fue ser apuntados por un revólver calibre 38 en la cabeza y que nos dijera: “Ustedes a mí no me han dado nada, no tengo por qué darles nada. Ese guey está acostumbrado a hacer eso siempre”.

Para acortar la historia, un día lunes, a las cuatro de la mañana, mi amigo, otras veinticinco personas y yo estábamos ya frente al río Bravo, listos para cruzarlo. Por afuera, este parecía calmado, pero por dentro tenía corrientes fuertes. El coyote trajo una boya hecha de llantas de carro y ordenó que una mujer se sentara en el orificio del medio, mi amigo al lado derecho, el coyote en medio y yo al lado izquierdo. Así nos echamos al agua. Todos braseábamos para salir al otro lado. Nunca un río me había parecido tan ancho. Por la fuerte corriente, fuimos a salir como un kilómetro más abajo. Sin embargo, por fortuna pasamos al lado americano, donde nos escondimos, pero fuimos abandonados por tres días sin comida, solo bebíamos el agua del río que cruzamos.



Al final, después de haber implorado a Dios, por fin llegaron a vernos en una furgoneta pequeña sin asientos. Ahí nos acomodamos veintisiete personas en un viaje de ocho horas hacia Los Ángeles. Desde ahí, contactaron a mi hermano para que depositara los cuatro mil dólares finales y me pudieran liberar. Es así cómo, después de veintiún días, llegué a los Estados Unidos, el 29 de septiembre de 1999. Ver a mi hermano después de trece años fue lo más emotivo de esos momentos.

Puedo decir que corrí con suerte: llegué un día jueves y para el lunes ya tenía trabajo. Las amistades me ubicaron como *dishwasher* o lavaplatos en un restaurante. Entonces entendí la frase: "Ganarás el pan de cada día con el sudor de tu frente". Mis obligaciones se relacionaban con la limpieza, ya sea de utensilios

de cocina como de todo el lugar. Me puse a llorar, pues nunca había trabajado y mucho menos durante catorce horas diarias.

Lo que me alentaba era la frase de mi padre: “Cuando no tengas fuerzas y pienses que no das más, duerme, descansa y al siguiente día estarás mejor”. Definitivamente, el ser humano es un animal de costumbres, con la capacidad de adaptarse a todo, incluso en contra de sus gustos.

Con el pasar del tiempo, fui ascendiendo de posición: me pusieron a hacer ensaladas, a trabajar de pastero o cocinero, a hacer pizzas y, finalmente con la experiencia necesaria, llegué a ser chef y estuve a cargo de un restaurante italiano durante los últimos cinco años que viví allá.

Mientras estaba en el restaurante, recuerdo, como si hubiera sido ayer, que llegaron a trabajar dos mexicanos que no sabían ni leer ni escribir. Se les dificultaba mucho encontrar direcciones para llevar comida a domicilio, no podían informarse en la prensa y tenían muchas limitaciones.

Al observar esta situación, en mi pecho nació la idea de enseñarles a leer y, a la vez, reflexioné sobre cuán importante es la educación para el ser humano. Di gracias a Dios de haber sido afortunado y de que mis padres me obsequiaran el regalo más preciado: aprender a leer y escribir.

Cada día dedicábamos treinta minutos de la hora del almuerzo a estudiar, primero las vocales, luego el abecedario y los correspondientes fonemas. Puedo decir con satisfacción que YO les enseñé a leer y escribir. Después, fue gratificante ver a mis compañeros llegar con un periódico en la mano todos los días para leerlo.

Aquella experiencia definitivamente encendió la llama en mi corazón y me hizo inclinar por la docencia. No hay nada más

hermoso que estudiar para ser profesor, para ayudar, para convertir y formar personas. Decidí empezar a estudiar en la Universidad Particular de Loja, en su centro asociado en New York; aunque trabajar y estudiar no es fácil, lo logré. En el 2013, me recibí como Licenciado en Ciencias de la Educación con mención en inglés. Luego, cursé otra licenciatura en educación básica y también la culminé con éxito.

En el 2012, mi familia y yo decidimos regresar. Estudié una maestría en inglés. Actualmente me desempeño como docente de esa asignatura en esta noble institución y también en la Universidad de Guayaquil. Cada día es una experiencia nueva, ser educador es fascinante. He utilizado muchas estrategias para enseñar y para mantener la disciplina con los estudiantes. La que mejor resultó, a mis inicios y sin experiencia, fue pagarle a un niño veinticinco centavos diarios para que se mantuviera en su puesto y me dejara dar la clase, pues era terrible.

Esta es mi historia, tuve que alejarme miles de kilómetros de mi tierra para descubrir mi vocación: pasé de electricista a cocinero y, finalmente, terminé siendo docente.

**ANDREA PAULETTE ANDRADE**
nació en Guayaquil, Guayas, en 1997. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ana Paredes de Alfaro. Su actividad favorita es escribir.

# Exquisito paisaje

Frías las manos, dos vasos, tres platos y una olla, ya quedan menos. Seis de la tarde, la misa empieza a las siete, solo faltan cincuenta y cinco días.

Frías las manos… ¡Por fin! Se quita los guantes de látex amarillos y los deja colgando en el grifo, no hay nadie en la cocina, así que puede permitirse unos cuantos segundos de relajación.

Observa cada gota de agua que se escurre entre los platos, cada gota que se va por un túnel de mierda del que no volverá, mientras inconscientemente trata de recuperar la movilidad en sus manos.

Sale al balcón, la noche se cierra sobre las casas, árboles, coches y gente que viene y va por la avenida de Yecla.

Las chimeneas llevan horas encendidas; este año el invierno viene fuerte y es una lástima que ella no se quede a ver el final. Inspira con fuerza el olor de la leña consumiéndose en el fuego; es uno de esos aromas que se recuerdan toda la vida.

A lo lejos puede ver a Los Hermanillos. Este es el nombre de un monte con tres picos y una leyenda. Esta cuenta que había cuatro hermanos, uno fue asesinado por los otros. Dios los castigó por su mala acción convirtiéndolos en piedras, que actualmente son los picos del cerro. Pese al frío y cubiertos por una capa de romero y esparto secos, siguen en su crucial tarea de desafiar al horizonte con sus ojos de color verde pino.

La irremediable sensación de querer llevarse un cigarrillo a la boca se apodera de ella. Maldito Hollywood que sigue enriqueciendo a las grandes compañías tabaqueras con el estereotipo de ingenio y misterio, que envuelve los labios de personajes ficticios que protagonizaban películas tan brillantes como violentas. Aunque, claro, con los nervios que la han acuciado durante esas últimas semanas, quizás lo del cigarrillo sea más una cuestión de seguridad mental que un deseo inducido por el mundo capitalista.

De pronto, una ráfaga de aire se cuela entre las mangas de su sudadera bermellón y la hace temblar.

Seis y veinte, vuelve adentro porque la punta de su nariz y dedos empiezan a experimentar un dolor insoportable.

Su padre ve la televisión en el salón, su hermana acaba de meterse en el baño y su madre se maquilla en la habitación.

Avanza por el pasillo arrastrando los pies, las luces no han sido encendidas, pero al final de aquel túnel repleto de fotos de boda y paisajes en lienzos brilla como un faro un abeto de ramas sintéticas hecho en China, lleno de bolas rojas y doradas, adornos varios y envuelto por cientos de focos que irradian la luz más cálida y hermosa que ha visto en su vida.

¿Alguna vez os habéis preguntado cómo debe ser aquel momento en que entramos al paraíso?

Pues ella está convencida de que no puede ser muy distinto de lo que experimenta cuando ve aquellas luces, aquel calor que le atraviesa la piel y los huesos, llegando hasta su corazón para transformarse en una euforia que la deja sin sentido.

Sus pupilas ya no son sus pupilas, pues ahora pertenecen al árbol de Navidad, al delicado baile de parpadeos y secuencias que lo cubren desde la base hasta llegar a una gran estrella dorada, cuyas puntas empezaron a pelarse hace unos cuantos años, que corona la cima.

En la habitación de al lado, todavía quedan en el ambiente restos de la varilla de lirio que encendió horas antes. Alguien se ha dejado puesta la radio, Debussy y su Claro de Luna suenan desde una emisora clásica.

No enciende la luz, pues en el escritorio hay un portavelas. Se enamoró de él en cuanto lo vio; es el busto de una mujer, su mitad izquierda luce una sonrisa joven y hermosa, en cambio la derecha



está formada por lúgubres huesos que sonríen con unos afilados y opacos dientes. No lo compró por el aparente mensaje que haría reflexionar a cualquiera sobre la vida y la muerte, sino porque siente una adicción casi morbosa por este tipo de objetos.

No quería usarlo hasta después del viaje, pero ya lo ha estrenado, porque en verdad le cuesta quedarse quieta. Desde siempre fue así, nada de extrañar en una niña hiperactiva.

Se apoya en el radiador que está junto a la pared grumosa que sus padres pintaron de color verde menta tras mudarse; un chorro de aire caliente le devuelve a la vida.

Cierra los ojos para alargar el placer. Cuando los abre recorre la habitación, guardando cada mínimo detalle en sus retinas: los muebles, los picos de la pared, los ositos de peluche en la cama, la configuración de las baldosas del suelo, todo.

Las luces del árbol ahora siguen una secuencia lenta y acompasada. Estas se reflejan en la ventana, pequeños puntitos dorados que se pierden en la mar abstracta de oscuridad que hay tras el cristal.

Ya falta tan poco, la primavera, los pinos, la lluvia, su chocolate favorito, el Mediterráneo, las hojas en otoño, el sabor de las castañas, la gente, los coches, las calles… Todo desaparecerá, también su árbol de Navidad.

“Guárdate bien esta imagen”.

La voz es de una chica. Viste igual que ella, los mismos ojos tristes, el mismo pelo rizado, las mismas manos delgadas; está sentada al borde de la cama, pero su peso no deforma la continuidad de las sábanas.

Sin embargo, parece no poder, o no querer, mirarla, ya que en ningún momento ha despegado la mirada del suelo. ¿Se mira los zapatos quizá?

No siente miedo, por el contrario, quiere preguntarle tantas cosas: quién es, de dónde viene, por qué, pero no le salen las palabras.

“Quédate bien con esta imagen —repite de nuevo, como si fuese una grabación—, porque la vas a necesitar”.

Una última ojeada, un último parpadeo y el fantasma desaparece poco a poco tras la llama de la vela.

Las lágrimas caen como copos de nieve a sus pies, los ruidos y las voces del futuro resuenan en el pasillo, quedan cincuenta y cinco días para que abandone el país, y acaba de comprender que aquel es el momento más feliz y también el más triste de su vida.

Qué cliché, ¿verdad?

Ya es hora de salir, la vela se ha consumido y la emisora se ha perdido. Pues fin.

Deja el lápiz sobre la mesa y se levanta, recuerda unos cuantos versos de *Las fiestas galantes* de Paul Verlaine:

Vuestra alma es un exquisito paisaje, que encantan máscaras y bergamascos, tocando el laúd y danzando y casi tristes bajo sus fantásticos disfraces.

Le pidieron que escribiera una anécdota de su vida, y pese a no estar muy segura de lo finalmente redactado, lo dicho, punto y final.

**JADEN KAMILA CHARCOPA**
nació en Rocafuerte, Esmeraldas, en 2002. Actualmente es estudiante de la Unidad Educativa Ramón Estupiñán.

# La historia de mi papá

Cuando mi papá tenía nueve años lo mandaban a la escuela, pero él se escapaba y se iba a pescar. Cuando llegaba a la casa su mamá lo castigaba. "¡Ayayay! Mamita, no me pegues". Mi abuela lo obligaba a arrodillarse en tapillas de cola y a sostener una piedra en cada mano mientras mantenía los brazos en posición horizontal. Él solo lloraba y lloraba. Luego, no le importaba nada



y se iba a jugar con los amigos del barrio. No le hacía caso a su mamá, no quería ir a la escuela y cuando asistía lo hacía todo enojado, les gritaba a los profesores y la mayoría de días llamaban a su casa para quejarse.

La madre lo sacó de esa escuela y lo puso en otra llamada Ramón Estupiñán. Desde el primer día lo pusieron con el profesor Gary Zúñiga. Estuvo tres meses allí, pero en un altercado le pegó un puñete al maestro y lo volvieron a retirar. Andaba vagando por las calles y no quería estudiar más. Un día robó la plata que la madre con mucho esfuerzo conseguía para la comida. Ella le quemó las manos y las piernas por callejero.

A los once años lo pusieron en la escuela Nueva Alborada, pero se volvió a retirar y se dedicó a vagar. A los doce años se volvió drogadicto gracias a unos dizque amigos que conoció. Tanta droga se metía que un día casi llegó a pegarle a su mamá.

Por suerte, conoció a un amigo que le dijo que esas sustancias dañan el cerebro y que cuando se está drogado se llega a hacer cosas tan malas que luego no se puede vivir con la culpa. Él le dio la oportunidad de trabajar en una ebanistería y le enseñó todo lo referente al oficio. Gracias a este amigo hoy mi padre es un hombre de bien y nos contó esta historia para que aprendamos de su ejemplo y no caigamos en el vicio de la droga ni en malos pasos.




**YARISELL RAMÓN**
nació en Tena, Napo, en 2001. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José. Su actividad favorita es escuchar música (baladas) junto a sus amigas.

# Su ausencia

Una dulce, suave y delicada melodía vibra en mi cabeza. No la conozco, nunca antes la había escuchado pero, por alguna razón, le proporciona alivio a mi corazón. Mis ojos se humedecen gracias a esa melodía desconocida. Me pongo a pensar en que quisiera regresar a ese tiempo en el que siempre tenía una sonrisa en el rostro; no la mostraba porque debía satisfacer a alguien, sino porque sentía felicidad, porque sonreír era simplemente natural.

***

Mientras camino veo a tantas personas sonreír junto a alguien que, supongo, es especial para ellas; a veces se dan un abrazo lleno de calidez y sinceridad. Hay otros que, a pesar de no estar acompañados, tienen ese brillo en la mirada que ilumina sus rostros. Cuando estoy entre esas personas, sonrío para que se den cuenta de que yo también estoy feliz, pero al llegar a un lugar en el que me siento sola, esa sonrisa se desvanece, mis ojos se empiezan a humedecer y algo frío empieza a recorrer por mis mejillas. Comienzo a llorar. Quisiera recuperar una parte de mí, volver a ser una niña alegre como antes.

Al cerrar mis ojos quisiera ver y sentir la felicidad de otras personas. No me gusta esa sensación que me invade… la de la soledad. Estoy rodeada de gente, pero no siento cercano a nadie. Me siento abandonada y a veces creo saber por qué, pero no quisiera culpar a esa persona a quien apenas conocí, pero que me hace tanta falta.

En una ocasión me encontré con alguien muy diferente a mí. Ella me tomó de la mano mientras yo estaba hundida en la depresión. Me dijo: "No llores. Todo estará bien. No tendrás que enfrentarte a monstruos tú sola nunca más. Desde ahora estaré a tu lado", y me dio un abrazo lleno de consuelo.

Yo siempre era muy cuidadosa con mis sentimientos, no quería que las personas vieran cómo soy en realidad. Sonreía para ellas, para que se sintieran bien y, si alguien no lo estaba, intentaba con todas mis fuerzas consolar su corazón y sacar una sonrisa que provenga de su interior. Simulaba ser fuerte cuando en realidad era muy débil, fingía ser valiente, confiada, llena de vida y mucho ánimo, sin dejar que el resto note que estaba vacía por dentro.

Aquella chica vio más allá de todo eso. Ese día no mintió. No se alejó de mí, empezó a conocer lo que se ocultaba en mis respuestas a través de mi mirada; sabía que todo lo que me lastimaba me lo

guardaba y no lo compartía. Cada vez que sentía que me estaba derrumbando, esta chica aparecía y, sin preguntarme nada, me regalaba un abrazo y me hacía sentir menos abandonada. Poco a poco fui confiando más en ella, me hacía sentir como alguien que sí importaba, a pesar de que para mí era difícil acercarme y abrir mi corazón, porque creía que todas las personas querían herirme. Ella me sostuvo y me levantó; mi nueva amiga me hizo sonreír y entender, sin palabras, todo lo que podía hacer. Era idéntica a la luna que, aunque no se vea, sabes que está ahí… justo ahí.

Entonces tuve una idea. Si quería conocerme a mí misma, mi verdadera personalidad, tenía que descubrir qué cosas me gustaban. En esa exploración encontré varias pasiones y gustos. Quería bailar, mover mi cuerpo de una manera hermosa, delicada, y al mismo tiempo fuerte, pero lo malo era que no sabía hacerlo. No me importó, yo bailaba con el corazón. También quise cantar y tocar un instrumento. Tampoco fui excelente en eso, pero me esforcé. Hacer sonidos con mis manos y mi boca hizo que me sintiera especial.

Después de un tiempo, empecé a escribir todo lo que vivía en una agenda con varias decoraciones; al verla, una mezcla de melancolía y alegría me estremecía. Hasta ahora no sé qué significa eso.

La vida siempre será como una montaña rusa; nuestros sentimientos y nuestra realidad cambiarán millones de veces. Ahora intento ser más fuerte. En poco tiempo he conocido a nuevas personas que se han convertido en mi apoyo, la razón para continuar con mi vida y no derrumbarme fácilmente. Aún tengo momentos en que me siento perdida, pero logro fortalecerme con su ayuda.

En una ocasión me encontraba deprimida por las cosas que me suelen pasar y una voz en mi cabeza me dijo: “La vida

te golpeará muy fuerte, pero lo superarás y serás feliz, así que levántate una vez más".

Cuando creo que por fin estoy bien, algo me hace dar cuenta de que en realidad no es así. Mientras estoy así, mi alma llora, mis ojos empiezan a buscar, mi corazón se estremece por la persona a la que extraño tanto, y me molesto conmigo misma por ser tan débil. Miro al cielo, sin rumbo, intento dibujar su rostro lentamente, todos sus detalles. Si tan solo se hubiera quedado conmigo más tiempo… Solo quisiera verla una vez más frente a mí, solo eso, y no pediría nada nunca más. Intento conservar un recuerdo suyo, pero es imposible. Cuando llega la radiante mañana, abro los ojos imaginando que está conmigo; desearía que tomara mi mano fuertemente y me protegiera. Cuando sopla el viento, cierro lentamente mis ojos y susurro que la extraño, no sé si me pueda escuchar desde donde está. El mundo sin esa preciada persona es tan duro que me siento culpable por continuar respirando. Vivo dolorosamente cada día por su ausencia, a veces creo que no voy a poder seguir resistiendo. El amor que me daba no lo voy a poder encontrar en otra parte.

Percibo que el sentimiento de soledad está a punto de estallar. Intento ocultarlo pero no puedo, ya no sé cómo hacerlo. Siempre me preguntaré si es que ella me quiso. No sé nada acerca del tiempo que pasó junto a mí y, mucho menos, cómo era antes de mi llegada. Se fue de mi lado dejándome atrás y no volvió nunca. Ya no puedo seguir, hasta ahora he intentado de todo para ser fuerte y no lo logro. Lastimo a las personas que están a mi alrededor y pienso que hubiera sido mejor si no me habrían conocido.

Maldigo al destino por habernos separado, por no dejarme conservar por lo menos un recuerdo suyo. Verla solo una vez es lo que pido. Aún no entiendo por qué se fue. ¿Acaso no era feliz conmigo? Mi mejor sueño es estar con ella y no me gusta



despertarme cuando estoy así. Pero cuando lo hago, me doy cuenta de la realidad: estamos demasiado lejos una de la otra y es difícil alcanzarla. ¿Será que me recuerda? Es posible que nunca la vea otra vez, pero dentro de mí siempre permanecerá ese gran amor que siento por ese bello ser que apenas pude conocer. Esperaré el tiempo que sea necesario para que nos podamos reunir. Cuando pienso en ese momento, la imagen de todas las personas que me han ayudado viene a mi mente y llego a la conclusión de que es muy egoísta ser como soy.

Cada vez que tengo un pensamiento sobre aquella mujer, la abrazo con todas mis fuerzas, aunque al hacerlo salga muy herida. Puede que haya sido lo mejor que me haya dejado, que

se haya alejado de mí. Quizás no soy una buena persona para estar con ella; tal vez si se hubiera quedado conmigo la habría hecho sufrir. Donde quiera que esté, puede que sea feliz, y si lo es y logra sonreír yo estaré bien. Su alegría me importa más que la mía. Quiero que esté bien siempre, es lo único que me importa. Si nuestra separación la decidió el destino, puede que sea la mejor opción. Las despedidas son tristes, sé que si la intento borrar de mi memoria será incluso más doloroso. Espero que alguna vez piense en mí y no me olvide, porque yo nunca lo haré.

***

Esta es la historia de una chica que acababa de cumplir los dieciséis años. Su amiga, quien la salvó, la trajo conmigo. Tuve varias charlas con esta joven acerca de cómo se sentía, siempre tenía algo nuevo que contar, había vivido varias cosas. En ocasiones yo me quedaba sin palabras y no sabía qué decirle. Cada vez que veía sus ojos, estos estaban apagados, no había vida en ellos; quizás eran un reflejo de la idea de que su vida no tenía un significado ni un camino. Nunca me dijo quién era esa mujer a la que tanto extrañaba, pero lo que sí sé es que en su interior hay un vacío profundo, que ni yo misma sabría llenar.

He ayudado a muchas personas, pero había algo en esa chica que hacía que me quedara varada en mis pensamientos; cuando estaba por decirle algo, ella se ponía de pie y yo veía su espalda mientras se alejaba. En su última visita no la pude ayudar, no logré decirle nada. Salí al pasillo corriendo para alcanzarla y la encontré arrodillada mientras lloraba desesperadamente.

—¿Qué pasó? ¿Por qué estás así? —le pregunté.

—¡La vi! ¿Por qué estaba aquí? —gritó—. Mientras salía por la puerta, la vi frente a mí. Lo que más había deseado, lo que más anhelaba. La vi sonreír y luego desapareció otra vez… De

nuevo se alejó de mí. Quizás ese sea nuestro destino: estar separadas toda la vida.

—Pero ¿quién es? ¿Quién es la persona a la que tanto extrañas?

—Es a quien más amo en esta vida y a quien siempre amaré.

Luego se levantó y se alejó por el pasillo, me vio y se fue. Fue entonces cuando recordé esa desconocida melodía que había vibrado una vez en el interior de mi cabeza. Era la voz de esa chica, no me había dado cuenta antes, pero ella me ayudó en un momento muy difícil, cuando murieron mis padres. Yo estaba desconsolada, en un rincón solitario de la sala de velaciones, cuando de repente esa voz dulce y delicada me habló diciendo: "No estás sola, mira a tu alrededor. Hay varias personas que quieren verte bien. Cuando te sientas así y de pronto salgan las lágrimas, cuando sientas que nadie está a tu lado, recuerda que no estás sola, a pesar de que el mundo te esté hiriendo. Cuando no puedas dormir en la solitaria noche, piensa en tus padres, ellos siempre quisieron lo mejor para ti, no los olvides. Pero recuérdalos con amor, no con dolor, porque tú sí tienes momentos con ellos guardados en tu corazón".

Durante todo ese tiempo yo no alcé la mirada, hasta que se alejó y solo pude ver cómo su espalda y su cabello se perdían entre la multitud. Ella me había ayudado y yo no pude hacerlo.

**MELANIE CEDEÑO**
nació en Ambato, Tungurahua, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Ambato. Su actividad favorita es leer.

# ¿Amor? No, masoquismo

Miro en silencio a mi madre. La observo así: hermosa, tranquila y dulce, y en mi mente se plantean un sinnúmero de preguntas sobre cómo pudo haberse enamorado y cómo aún puede amar a ese ser que ella llama esposo. Se conocieron hace aproximadamente veintiocho largos años y se casaron hace veintiséis. Tuvieron una primera hija a la que pusieron por nombre

Monserrate. Cuando mi madre estaba embarazada de ella pasó por muchos momentos de tristeza, pues su familia no aceptaba a su esposo y, al enterarse de su embarazo, fueron realmente crueles y le mandaron de la casa. Su tío, que había sido como un padre para ella, quería que abortara de cualquier forma, sin importarle nada. En buena hora, no lo consiguió.

Ella se fue de la casa a vivir con su esposo. Sin embargo, las cosas siguieron sin funcionar pues él siempre trataba de agredirla físicamente; psicológicamente lo hacía todo el tiempo. Como era fuerte y alto mostraba gran ventaja sobre mi madre y su delicadeza. A pesar de eso, él nunca la tocó, pues ella jamás se lo permitió. Mi madre cuenta que su abuelita siempre le decía que nunca se dejara vencer por un hombre, que halara fuertemente de su cabello y le diera un gran rodillazo en sus partes nobles. Él incluso llegó amenazarla con un arma cargada, pero ella nunca demostró ni un poco de temor. Eso es algo realmente valiente y admirable. Al ver que ella no se sometía, se dio por vencido luego de un tiempo. Debido a estos problemas se separaron, pero no por mucho tiempo, pues luego de casi seis meses regresaron.

Fue entonces cuando tuvieron una segunda hija llamada Johanna. Esa soy yo. Cuando cumplí tres años mi mamá se enteró de la infidelidad de su esposo. Él era comerciante, viajaba mucho, y había formado otra familia en la costa: otra mujer, otros hijos. Sin embargo, mi mamá continuó a su lado. Cuando ella me contó esto le pregunté con indignación:

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué siguió a su lado?

A lo que ella contestó:

—Una madre por sus hijos hace lo imposible y no quería que, quizás, con el tiempo me volviera a casar con otro hombre

que posiblemente les trataría mal, así que decidí continuar al lado de su padre.

Corté el tema y no volví a mencionarlo. Luego de dos años tuvieron otro hijo llamado Israel; las cosas continuaban igual. Él con dos familias y mi madre triste. Yo era pequeña, no entendía la situación por la que estaba pasando mi madre. Recuerdo que solía querer mucho a mi padre, como viajaba todo el tiempo casi no lo veía. Cuando llegaba a casa, corría a sus brazos. Pero ahora, al ver la realidad, al notar el dolor y sufrimiento que le causa a mi madre, me ha decepcionado por completo, rompió todas las buenas imágenes que había creado en mi mente sobre él. ¡Rompió mi corazón! Y se supone que eso no es lo que hace un padre. Para mí, un padre es tu primer mejor amigo, que siempre te apoya, que está a tu lado a cada momento, no una sola vez a la semana, y te da un fuerte abrazo y palabras para hacerte sonreír la primera vez que te rompen el corazón. Pero si él es el primero en lastimarte, ¿en quién puedes confiar entonces?

Ahora lo único que puedo sentir por él es resentimiento y enojo. Además de ser un mal padre, he visto la manera como trata a mi mamá. Él piensa que es su sirvienta. Cuando se queda en casa unos dos o tres días, le grita, le habla con insultos. Ella hace todo por él, absolutamente todo. Para mí, él es un completo inútil, ni siquiera puede sacarse las medias solo, es realmente desordenado, deja tirada la ropa y los zapatos donde le place, y mi mamá es la que tiene que ordenarle todo. Me alegra no vivir con él. Me he llegado a preguntar: ¿mi madre es buena o masoquista? Está con mi padre apoyándolo incondicionalmente, pero cuando ella pasa por momentos difíciles él desaparece, no le interesa nada.



Aunque se encuentre gravemente enferma y él esté en casa ella debe cumplir “las labores de una mujer en el hogar”. ¿Qué? ¿Acaso no piensa? ¿Acaso es normal para una mujer dejarse maltratar? ¿Soportar infidelidades y aún continuar al lado de un hombre así? Él debería estar agradecido de tener a su lado a una mujer que, a pesar de todo, aún lo ama. ¿Por qué? ¡Maldita sea! Me siento tan enfadada.

Mi madre se merecía una buena pareja. Si ella dice que decidió pasar el resto de su vida con ese hombre por nosotros, sus hijos, preferiría no haber nacido, con tal de que ella se hubiera comprometido con un ser bueno y fuera feliz, pues se lo merece.

Ella, una mujer tan hermosa, honesta y humilde, se merecía alguien mejor, alguien que sí valiera la pena. Era y es digna de un hombre que le dedique canciones románticas, no solo cuando está borracho; que se acuerde de su aniversario; que le regale rosas y chocolates, no solo porque quiere disculparse por algo que hizo que la lastimó; que le recuerde cada día que ella fue su mejor elección en la vida; que le llene de halagos mas no de insultos; que la valore, respete y le sea fiel.

Yo ya no considero que él sea mi padre, ni siquiera puedo llamarle así y me continúo preguntando: ¿Cómo ha podido mi madre aguantar tanta traición y humillación? Quisiera decirle que nunca me permita casarme con alguien así, que si él dice amarla no desearía enamorarme nunca, porque para mí eso no es amor. Sin embargo, evito hablar, porque sé que se siente mal; lo único que me atrevo a preguntarle es: ¿Cómo puede amarlo aún? Ella solo sonríe y me dice que no la entiendo porque todavía no me he enamorado, que luego comprenderé; que cuando uno ama de verdad, pierde la razón pues solo escucha a su corazón y el amor todo lo soporta. Para mí esto no tiene sentido pues el amor debería traer felicidad y no dolor.

Aunque la considero una mujer realmente sabia, no comparto esto con ella pues uno debe amar, sí, entregarlo todo y querer de verdad con el corazón, pero ante todo uno debe quererse a sí mismo. Entiendo que tomó esta decisión por nosotros, pero ya crecimos y en mi opinión no debería aguantar más. Sin embargo, ¿qué se puede hacer? Así lo ama. Y aunque yo heredé su bondad y su buen corazón, nunca estaré de acuerdo con su forma tan absurda de amar. Para mí esto no es amor, lo de ella es masoquismo.

**GINGER NOEMÍ GUERRERO**
nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Institución Educativa General Antonio Elizalde. Su actividad favorita es jugar pelota.

# ¿Cómo ayudarte?

Todo comenzó este año, cuando te vi entrar por la puerta al salón, muy tímida y cabizbaja. Me llamaste la atención, pues mi objetivo para este año era tener amigos, ser sociable, aprender sobre las demás personas y compartir experiencias y pensamientos. Aquel día me acerqué y tus labios no emitieron ninguna palabra; tan solo te dije: "¡Hola!", pero al no escuchar una respuesta, pensé que quizás eras una persona creída o que

no tenías educación para saludar. Me alejé de ti, sin decirte nada, pero con estos pensamientos que rondaban en mi cabeza. Quería saber por qué no dijiste un "hola", por qué no emitiste palabras.

En la tarde, al salir de clases, me dirigía a mi casa pensando en qué hacer para hablar contigo y que de tus labios saliera la razón por qué no hubo un saludo. Le conté a mi madre lo que había pasado y ella me dijo: "No saques tus conclusiones, a veces, en el silencio se ocultan historias; tal vez, aquella muchacha tiene una gran historia y miedo de revelarla". Me quedé pensando en esta frase y me planteé una meta: conocer tu historia, saber más de ti.

Al siguiente día, me acerqué de nuevo con un: "¡Hola!". Pero esta vez ya no me alejé al no escuchar respuesta. Decidí quedarme y contarte sobre mi día. Tú no decías nada y me venían pensamientos como: la estoy aburriendo. Después de unos minutos, decidí hablar sobre la frase de mi madre y te dije: "Todos tenemos una historia y somos los autores de nuestra vida. En el silencio, pueden existir grandes historias…". Al escuchar esto, volteaste, me miraste y, sorprendentemente, me respondiste: "Existen historias que, al no poder ser contadas, se van transformando en cuentos de terror". En ese instante, tocó la sirena para ir a casa y rápidamente te levantaste y te fuiste. Decidida a alcanzarte, tomé mi maleta y salí detrás de ti, para preguntarte por qué una historia podía transformarse en un cuento de terror. Pero te fuiste y no te alcancé.

Al llegar a casa, me quedé pensando por qué lo habías dicho y me llamaste aún más la atención; quería saber el significado de tus palabras. Ansiosa, al siguiente día, llegué al colegio, pasaron las horas de clases, tocó el timbre de salida y nunca llegaste. Sentía mucha curiosidad por saber por qué faltaste. Pensaba: ¿estará



enferma? ¿Se fue de viaje? ¿No vino para no explicarme...? Al otro día, en el receso, fuiste a los baños y me acerqué a preguntarte por qué no habías ido a clases. Te vi llorando y con un bisturí en tus manos, con gotas de sangre cayendo de tu mano. Te pregunté qué había pasado, por qué te habías cortado y tan solo me diste un abrazo; me dijiste: "A veces sentir dolor calma un dolor más grande". Te pregunté cómo te podía ayudar y me dijiste: "No hay manera, yo vivo en un cuento de terror".

Mientras charlábamos y te limpiabas la sangre, te pregunté por qué deseabas que tu historia se convirtiera en un cuento de terror. Tu respuesta fue: "A veces la vida nos golpea demasiadas veces y, a pesar de querer ser la autora de tu propia historia, viene un

borrador y un lápiz que se encargan de borrarla y convertirla en cuento de terror".

Pero aún no entendía por qué decías eso, cuando te levantaste y te fuiste. Me quedé decidida a buscar por qué las personas se cortan. Descubrí que se llamaba *cutting* y que es un problema social muy grande, especialmente en jóvenes que tienen problemas en sus casas o conflictos consigo mismos. Se ocasionan dolor para opacar un gran dolor. Entonces, busqué cómo ayudar a una persona que practica el *cutting*. Abrí una página en Internet y encontré una historia de una joven llamada Gino. Decía que para ayudar a alguien que está pasando por algo así, es importante no quedarse callado, alertar a los padres sobre lo que está haciendo y ayudarle a buscar ayuda.

Con esta información, me acerqué donde mi madre y le dije que quería ayudarte, porque me necesitabas. Mi mamá accedió a ir a tu casa para hablar con tus padres y fuimos. Nos abrió la puerta un hombre muy alto, con una fragancia a alcohol. Le preguntamos si era tu padre y respondió que tú no eras nada para él: "No es de mi sangre". Nos contó que te había recogido, porque tus papás habían fallecido, y que él era el esposo de una prima tuya. Al enterarnos de esto, pude comprender que el dolor que había en ti era ese borrador y ese lápiz que no te dejaban ser la autora de tu historia. Cuando llegamos a casa con mamá, pensamos en cómo ayudarte, cómo acercarnos más a ti. Mi madre me dijo: "Mañana en el colegio, acércate, ofrécele tu amistad y dile que no está sola". Pero aquel día no llegó.

Fui a tu casa a buscarte, pero cuando me iba acercando, vi una ambulancia allí. Corrí para ver qué pasaba y te vi en una camilla, con oxígeno en tu boca. Les pregunté a unas personas y dijeron

que te habías cortado las venas. Los paramédicos empezaron a gritar: “No respira, no respira, la perdemos” y empezaron a darte electroshocks. De pronto, dejaron de hacerlo y dijeron: “Hicimos lo posible, pero está muerta”. Ese día, tu prima y su esposo se dieron cuenta de que no solo había esa cortada, que tenías varias cicatrices, en el ombligo, en las piernas, en las muñecas…

Cuando desperté del shock, escuché que decían que habías traspasado tus venas y que perdiste mucha sangre. Solo pensé: ¿Por qué no te ayudé? ¿Por qué no me acerqué? ¿Por qué no conocí tu historia mucho antes?

**JENNIFER CAROLINA PALAGUACHI**
estudia en primer año de Bachillerato de la Institución Educativa Juan Bautista Vásquez.

# ¿Maternidad?

El día empezó. Arlet, como de costumbre, se levantó sin ánimos, y por millonésima vez observó la maleta que se encontraba junto a la ventana. Era una maleta llena de ropa de bebé. Su bebé había muerto en su vientre y luego de tres días nació. Semejante horror todavía le estrujaba el alma.

Entonces volvió a recordar aquella dramática escena, en la que todas sus aspiraciones se desmoronaron. El doctor Carlos, un gran especialista en obstetricia que solo le llevaba un par de años, fue

quien la miró a los ojos y le explicó que el bebé tenía que nacer de forma natural. Había riesgo de infecciones y otras complicaciones, además de que una cesárea era un procedimiento quirúrgico importante, le dijo, y eso hacía que la política del hospital no pudiera ofrecerle ese método en casos de muerte prenatal. Entre todo lo que el médico le había dicho, la palabra que había hecho más llaga en ella era "ofrecer". Esa fue la palabra que usó, como si tener a un bebé mediante cesárea fuera un crimen y, aunque se tratara de uno que no respirara, fuera una abominación.

Luego de darle esa breve explicación, le dijo que le provocaría el parto y que sería lo más rápido y menos doloroso posible, pero ella pensó que no quería que fuera un parto raudo, quería que le



doliera y quería tener un bebé vivo cuando todo terminara. Pero no iba a ser así. Mentalmente ella se preguntaba si el especialista tendría hijos y cómo llegaría a casa para contarle a su familia cómo le había ido en el día; cómo vería a su hija con orgullo y se le olvidaría cómo la hizo sentir. Mientras Arlet se encontraba en una camilla, rodeada de un equipo de médicos que la miraban con el semblante serio que todos los estudiados tienen, pensaba que ellos tenían un consuelo, su carrera, mientras ella no tenía nada.

Se sentía aplastada y paralizada, además de tener una sensación de pérdida. Mientras le ponían un gotero con una carga de hormonas que le provocaran el parto, oyó los gritos de otra mujer más allá de la sala de maternidad y pensó que había una gran diferencia entre esa mujer y ella. Esa mujer saldría con un bebé, no con una tarjeta de un terapeuta y una cita concertada con él.

Su mente divagaba pero se paró en seco cuando la palabra "maternidad" se le atravesó por el pensamiento. Una palabra muy curiosa. Se cuestionó si aún era madre o había otro término para lo que estaba a punto de convertirse. Los había escuchado decir "posparto" en vez de "posnatal". Le habían preguntado por el padre, pero ella negó con la cabeza, pues solo tenía a su amiga Sara, con quien habían planeado un parto natural, con velas aromáticas, una piscina y mucha música acústica para relajarse. Pero todo eso se vio frustrado por los eventos de la vida.

Cuando las contracciones comenzaron inspiró hondo y su cabeza se llenó de horrores. Gritó y apretó con fuerza las sábanas, aunque le decían que aún no era tiempo. Seguido de eso, todo quedó extrañamente en calma, era como un coctel de amor, dicha y alivio, lo mismo que sienten las madres al dar a luz, pero en el caso de la muchacha era dar a muerte. Su hija era perfecta, estaba

callada, la sostuvo en sus brazos, la acunó. Durante varios minutos aspiró ese olor a nene recién nacido, es decir, a mucosidad, fluidos corporales y a dulce piel. Luego la comadrona dijo que se la llevaría, que ya era hora, pero se negaba a aceptarlo. Finalmente tuvo que entregársela y cuando se sintió sola y vio a su alrededor la decoración para bebés empezó a entender que no habría trabajitos, ni dibujos en las paredes, ni elección de colegio. No solo había perdido a su bebé, sino a una adolescente y a una mujer.

Y así pasó Arlet, otra tarde más removiendo el pasado que la atormentaba.



**FABER ALEXANDER VILLOTA**
estudia en la Unidad Educativa Ibarra.

# La vida te enseña cosas, cosas te enseña la vida

Cuando llegué a la cárcel, uno de los presos antiguos me dijo que aquí solo estábamos los jodidos, los pendejos y los que querían estar en este sitio. Cuando lo escuché me pareció una barbaridad,

pero luego entendí que era verdad. He quedado totalmente sorprendido por las cosas que pasan a mi alrededor.

En realidad aquí ha venido a parar gente jodida. Por ejemplo, hay alguien, se llama Fercho, que está acusado de haber matado a una persona a la que él ni siquiera conoció, tampoco sabe cuándo sucedió eso. También están los pendejos, como Jonathan, que dio su dinero para un abogado defensor, pero este hasta ahora no aparece. Y también hay quienes desean estar aquí, como un tipo que permanece en la cárcel para librarse de morir afuera, pues mató a dos de sus vecinos. Cosa de bandas.

Hay muchos que jamás podrán salir con vida. Otros, los menos, pueden hacerlo pero no quieren, yo no entiendo por qué. Y hay unos pocos que entran y salen a capricho. La diferencia entre unos



y otros son los recursos que tienen para sobrevivir en la cárcel, principalmente el dinero. Para quienes no lo tienen, este lugar es el infierno.

Pero para aquellos que poseen suficiente plata la vida aquí es muy distinta de la de los otros presos. Los que tienen dinero lo tienen todo. Afuera y adentro los policías están a sus órdenes. Si en libertad tenían drogas, mujeres, fiestas, aquí también las tendrán. Si afuera delinquían, aquí también lo harán. Todo puede suceder. Y dentro de ese "todo" está incluido lo que les pasa a los que no tienen nada: los matan, los apuñalan, los violan y los esclavizan.

He visto cosas y he callado por mi propia seguridad, si es que así se la puede llamar. Aquí es mejor ver y callar que hablar y morir. He aprendido a diferenciar entre las cosas buenas y malas, también a compartir, no porque tenga más que los demás, sino porque sé lo que es no tener nada. El dinero es importante, pero hay que aprender a ganarlo correctamente.

Mientras he estado aquí nunca he olvidado la frase de mi viejo amigo Fernando: "No consumas vicio y tampoco te enamores", me decía él, perdido en las drogas por culpa del amor.

Esta es mi historia, esta es mi vida, esta es mi realidad. Espero con muchas ansias mi libertad.

**ERIKA ALEXANDRA FARINANGO**
nació en Cayambe, Pichincha, en 1990. Trabaja en la Institución Educativa Nasacota Puento. Su actividad favorita es enseñar a leer con el alma y escribir con el corazón.

# Un héroe llamado papá

En el año 1990, mientras se daban muchos acontecimientos en el país, nació una niña que, siendo la primera hija de un matrimonio muy joven, llenó de esperanzas y alegría a sus padres y familiares. Aquí empieza la historia de un ser admirable que no solo es mi papá sino que a la vez es dirigente, campesino, comunero y líder, entre otras cualidades. A pesar de no haber culminado sus estudios,

dio todo de sí para darle lo mejor a su familia y a su comunidad, luchando día a día no solo por mantener su hogar sino también por mejorar la calidad de vida de sus compañeros trabajadores. A ellos les hizo conocer sus derechos y que debían protestar cuando fueran violentados, lo que hizo que fuera tachado de sindicalista, junto a otros compañeros que tenían los mismos ideales.

Una empresa ubicada en la comunidad La Josefina, del cantón Cayambe, de la cual ya no recuerdo el nombre, fue una de las primeras florícolas poderosas ubicadas en el sector. Las personas de las comunidades aledañas soñaban con un puesto de trabajo en la prestigiosa compañía, sin saber el futuro nefasto que tendrían al ser parte de la misma. La fuerza de trabajo era mal pagada, había maltrato al trabajador, las jordanas de trabajo eran largas y sin la alimentación adecuada, entre otras tantas injusticias que en nuestro país son el pan de cada día. Durante muchos años los gobernantes han permitido que los pobres seamos más pobres y los ricos más ricos, separando a la población ecuatoriana en estos dos grandes grupos. Los ricos tienen los recursos para hacer y deshacer de acuerdo a su antojo, y los pobres no pueden sobresalir en este Ecuador lleno de injusticia e inequidades.

En el año 1998 se evidenció una lucha por los derechos, liderada por Luis Vicente y sus compañeros, quienes decidieron apoyar la huelga organizada por las comunidades. La seguridad del país se ponía alerta mientras oleadas de compañeros comuneros se ubicaban en lugares estratégicos del cantón y del país, dejando a sus hijos, tierras y animales para salir a hacer sentir sus necesidades. Entre ellos estaba mi papá, un luchador por la vida y un sindicalista por vocación.

Entonces yo tenía apenas ocho años y estaba aprendiendo del gran maestro, iniciando mis primeros "Viva la huelga, Luchemos por los derechos". Solía acompañarlo a escondidas de mi madre,

quien no compartía la misma pasión por la lucha social. Uno de esos días, en que no pude acompañarlo, recibimos una alarmante llamada en la que nos daban a conocer que mi padre había sido reprimido y golpeado brutalmente, sin compasión alguna. Habían logrado abatir su cuerpo pero no su espíritu de lucha. Como dijo mamá Dolores Cacuango: "Nosotros somos como los granos de quinua, si estamos solos el viento nos lleva lejos, pero si estamos unidos en un costal, nada hace el viento. Nos bamboleará, pero no nos hará caer. Somos como la paja de páramo, que se arranca y vuelve a crecer... y de paja de páramo sembraremos el mundo".

Una vez finalizada la huelga y después de haber llegado a algunos acuerdos, se intentó volver a la rutina normal. Se suponía que se iba cumplir con lo acordado, pero esto solo duro algunos



días, mientras todo se calmaba y los trabajadores volvían a ser parte del sistema. Pero las falencias en la administración de la florícola eran cada vez más notorias, en los retrasos en los pagos de quincenas y fin de mes, en la disminución de la poca alimentación que daban, en el aumento de horas de trabajo sin reconocimiento de horas extras.

Los trabajadores empezaron a organizarse nuevamente. Al buscar información el grupo de sindicalistas logran conocer el gran engaño del que eran víctimas: la empresa estaba en quiebra y no había dinero para seguir manteniendo a los trabajadores. Después de reuniones y deliberaciones decidieron tomarse la empresa para que no se cancelaran sus sueldos y liquidaciones correspondientes. Para este entonces yo ya tenía una hermana, con quien esperábamos a mi padre para recibirlo después de sus largas jornadas de trabajo con los brazos abiertos, pero una tarde no llegó. Había empezado una nueva huelga en las instalaciones de la empresa. Fue triste no verlo, así que casi obligamos a nuestra madre a llevarnos con él. Al llegar allí vimos que muchas personas custodiaban la entrada así como también se notaba la afluencia de los familiares de los otros trabajadores. Era reconfortante que la lucha no solo fuera de los que trabajaban ahí, sino también de toda su familia; pero pasaban los días y no había ninguna respuesta favorable.

Luego de algún tiempo los abogados de los trabajadores y de los dueños de la empresa empezaron a aparecer para dar solución al problema, pero ninguna de las partes quería ceder, por lo que el conflicto no tendría una pronta salida. En una de las audiencias se llegó a la resolución de que los trabajadores se quedaran con las tierras que eran de la empresa. Parecía un logro más para la lucha de los sindicalistas, pero no previeron lo duro que sería encontrar un comprador que pagara el dinero necesario para cubrir a todos

los ex trabajadores. Mientras tanto, ellos debían cuidar y custodiar lo que había sido una de las florícolas de mayor prestigio del sector. Solo quedaban plásticos caídos y un repudiable olor, no solo de las plantas en proceso de putrefacción, sino de los sueños de tantas familias que se quedaron ahí por culpa de una mala administración y la violación de los derechos de los trabajadores.

Pasó un largo tiempo durante el que la ausencia de mi papá era cada vez más notoria, nos hacía mucha falta su llegada y sus historias después de cada jornada de trabajo, hasta que un día llegó un comprador, que no ofrecía mucho pero la propuesta era buena. Así se logró vender la empresa y pagar lo que se debía a los ex trabajadores, aunque no en su totalidad. La lucha fue ganada pero no se cumplió con las expectativas. Mientras mi papá defendía sus derechos, yo luchaba diariamente contra el vacío que dejaba en casa, esta era mi forma de apoyarlo, como siempre lo hemos hecho. Finalmente volvió al hogar después de varios días de ausencia. Ahora lo tengo conmigo y es mi fortaleza, mi consejero, mi cómplice de sueños y mi ídolo, con quien vamos construyendo utopías que algún día se harán realidad.

**GABRIELA MARÍA MESÍAS**
nació en Quito, Pichincha, en 1987. Estudia en el Módulo 4 de la Campaña Todos ABC de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño-Extensión CRS Latacunga. Su actividad favorita es escribir historias.

# ¡Ya tengo un hogar!

—No me pegues, no me pegues —rogaba Gaby en la ducha del orfanato de las Hermanitas de la Caridad, adolorida y confundida por el trato de quienes se supone que deberían dar "amor". Pasó sin entender su situación por diez largos años.

—¡Presta atención! —gritaba la profe Lupita (sus alumnas la llamaban La Loca en secreto), mientras golpeaba sus manos con una regla de madera.

Pero de nada servían golpes, jalones, etc. Ella nunca aprendió lección alguna, prefería viajar con su mente a los juegos infantiles, que podía observar por la ventana que estaba al lado de su pupitre, donde se sentaba a llorar; era su manera de escapar de los gritos y la violencia que nunca pudo tolerar, siempre la detestó.

Al pasar el tiempo, terminó la escuela sin saber nada, pues nadie le tenía paciencia. Hay un dicho que dice: "Dime con quién andas y te diré quién eres", que se aplica muy bien a Gaby, a quien le resultaba fácil escaparse para juntarse con amiguitos de la calle. Así terminó por desaparecer de los archivos de la casa de cuidado temporal de las Hermanitas de la Caridad. Buscó la comprensión de sus amigos y amigas de la calle, pronto supo llevarse muy bien con ellos; aprendió de marcas, colores y sabores de tragos y tabacos. Pasó una temporada calle arriba, calle abajo, sin un lugar donde estar, sin pertenecerle a nadie, pero esto no duraría mucho tiempo.

—¡Hola! —dijo Paola, una amiga de la calle a quien Gaby consideraba su prima—. Ven, hoy conoceremos a unos muchachos.

—Genial —respondió ella.

Caminaron animosamente hacia el grupo de hombres, que esperaban en la esquina como lobos hambrientos.

—Hola, soy Alex.

—Hola, soy Gaby —dijo ella con una sonrisa a medias y algo pícara.

No pasó mucho tiempo para que ellos se convirtieran oficialmente en novios. Los testigos de su unión fueron algunas botellas de licor vacías y colillas de tabacos.

—Estoy mareada —dijo Gaby.

—Te llevo —dijo él.

En la neblina de la noche se perdió la candidez del cuerpo de una niña de doce años en las garras de un hombre bastante mayor para ella, que no vaciló ni un solo segundo en quitarle su inocencia. Un poco adolorida y con mucho sueño no recordó nada hasta la mañana siguiente.

—Hola, nena.

—Hola, Alex.

Él vio con "ternura" a la muchachita.

—¿Qué te pasa?

—No, nada. Mmmm, bueno, la verdad es que quiero trabajar.

—Vaya, vaya —dijo él. Al escuchar esto, dio rienda suelta a sus malvados y convenientes planes—. Yo te puedo ayudar, no te preocupes, pequeña, en la tarde paso por ti.

Ella, al darse vuelta, notó rápidamente con el rabillo del ojo que él la observaba con deseo. Cuando movió un poco más las caderas, él la detuvo y la envolvió en las celestes sábanas de la cama de uno de sus amigos. Ella pronto sabría reconocer el olor de esa rara habitación.

—Bueno, amor, tarde nos vemos. Adiós, bebé —dijo ella emocionada y un poco más "enamorada" de él.

***

—Qué más, ¡vamos a bailar hoy!

—No, no puedo —dijo Gaby a su prima.

—¿Por qué? —preguntó Paola con curiosidad.

—Tengo algo que hacer.

—Bueno, está bien.

Gaby tomó una silla y se sentó a mirar cómo se vestían sus amigas. Todas lucían muy bien, habían pasado la tarde comprando ropa. “Qué envidia —dijo ella en voz baja—, pero esto pronto cambiará”.

Por la noche, se bañó y se puso un *jean* y un saco de lana.

—No, no, no. Así no puedes presentarte al trabajo —dijo Alex algo molesto cuando la vio. Apenas tomó la mano de la muchacha, dejándola con los labios estirados sin darle un beso.

Después, puso a la muchacha en manos de una mujer algo madura y de tez negra.



—Hola, Estrellita, ya sabes lo que hay que hacer.

—Tranquila, chiquilla, yo te voy a poner bella.

Gaby reconoció las sábanas celestes y el aroma a tabaco de la habitación donde había estado la primera vez con Alex.

—Mira, niña, no te muevas, te puedo pinchar el ojo con la pluma. Ponte esta peluca, la compré cuando empecé. Vamos, es tarde ya, el gordo está impaciente.

Alex jaló a Gaby, pero se detuvo y pasó de nuevo su mirada babosa por su cuerpo.

—¡Vaya! Qué linda, wow, ya quisiera yo ser él.

Ella no entendió lo que le decía.

Una música algo pegajosa y luces muy vivas se encontraban al final de un corredor, donde había una puerta negra, algo sucia, entreabierta. Sombras, risas, gritos y algarabía asustaban y ponían ansiosa a la joven.

—Hola, preciosa —dijo un hombrecito gordo mientras pellizcaba sus mejillas maquilladas.

—Suave, no la asustes —dijo Alex—, ella no es para ti.

Gaby no lograba entender nada, pero cuando la puerta se abrió inmediatamente comprendió todo. Alex era un lobo vestido de oveja. Sí, su novio era uno de esos tipos que enamoran a pequeñas muchachitas que sufren de falta de amor en su familia, las envuelven en lindas palabras y caricias para lograr sus crueles planes.

Ella se quedó totalmente fría al ver que se trataba de un prostíbulo: mujeres casi desnudas, hombres ebrios, risas, trago,

tabacos, iban y venían al ritmo de la voz que se oía en todo el sitio: “Tomen asiento, en unos momentos verán un *sexy show*”.

Con la falda casi en media nalga, tacos altos que torcían sus tobillos, Gaby caminaba hacia la barra de la mano de Alex.

—Hola, nena —dijo guiñando el ojo un tipo muy bien vestido—, ¿me aceptas un trago?

Alex golpeó ligeramente el costado de la espalda de Gaby y la obligó a aceptar.

—Claro, gracias.

El hombre bien vestido preguntó con gran curiosidad:

—¿Cuántos años tienes?

Entonces Alex, con brusca rapidez, se llevó a la muchacha, que estaba sentada en las piernas del hombre.

—Mira, no puedes decir tu edad, ni tu verdadero nombre. Nos meteríamos en problemas.

Le dio unas breves indicaciones e hizo que volviera a la mesa del hombre.

—Tengo dieciséis años, pero no puedes decírselo a nadie —le dijo Gaby con discreción.

—No te preocupes, nena. Eso y otras cosas más serán un secreto —le respondió sonriendo el hombre mientras le daba un golpecito en las piernas.

Tragos de varios colores y adornos raros llenaban las mesas. Después de algunas horas, ella ya había entendido muy bien el oficio; sus pequeñas medias de nailon rebosaban con el dinero de esos hombres, pues había atendido a varios.

—Qué bien —dijo Alex desde lo alto del bar—, te está yendo bien —añadió mientras tomaba el tequila que Gaby había subido a dejarle.

Bueno, ustedes, queridos amigos, ya pueden imaginar cómo concluyó aquella noche. Fue un duro golpe para la inocencia de Gaby, mejor dicho Lucero, como ahora se hacía llamar. Con lágrimas y una sonrisa entrecortada, contaba el dinero que por pocos minutos tuvo en la mano.

—Sí, sí, sí, nos fue muy bien —dijo Alex quitándole casi con violencia el dinero—. Esto es lo único que necesitas. El resto tenemos que ocuparlo para unas cosas. Vamos a descansar, mañana es un día muy especial. Llegará el dueño y te quiere conocer.

***

El que con lobos se junta a aullar aprende. Pasaron algunos años, Gaby ya no era una niña, sino toda una mujer y sabía muy bien sobre el oficio.

Después de la jornada de trabajo, llegó como de costumbre al lugar que había hecho su casa. Mientras saludaba a sus compañeros sintió ganas de vomitar, corrió al baño, lavó su cara y manos. “Vamos, Lucero, qué pasa contigo”, se dijo a sí misma mientras se miraba al espejo. Se sentía algo mal desde hace algunos meses.

***

En el interior del gran local el sonido de la música era intenso, las copas de los clientes tintineaban mientras pedían la presencia de quien se había convertido en una de las mejores bailarinas

de estriptis del lugar. “Lucero, Lucero, Lucero”, podía escuchar ella, que vestía un pequeño traje corto, muy corto, y altos tacos. Se acercaba a sus clientes bailando una música estruendosa y muy provocativa. Esta se detuvo para dar paso a una balada que le permitía mover con lentitud sus pechos y perfecta figura de mujer joven, que enloquecía a esos bastardos, sucios y pervertidos hombres. Sí, ella pensaba así de sus clientes. *Sexys* movimientos acompañaban su coreografía, billetes de toda denominación rodeaban su ropa interior. Ella recogía todo mientras quedaba totalmente desnuda. Se escuchaban gritos y aplausos.

Después, Lucero volvió a su habitación, sus ojos se llenaron de oscuridad y no supo más. Se levantó en la casa de su mamá.

—Hola, Gaby, hija, soy mamá.

—¿Qué pasó? Tenía tanto tiempo sin verla. ¿Estoy muerta? —dijo Gaby.

—No, hija —dijo Ana, su madre, mientras lágrimas amargas recorrían su rostro.

—¿Por qué estoy aquí?

—Vino un hombre y te dejó.

—Me duele la cabeza.

—Sí, te desmayaste y te golpeaste tan fuerte la cabeza que te provocó una herida. Además, parece, por lo que dijo el hombre que te trajo, que estás embarazada.

Alex se había desecho de Gaby, dejándola en casa de su mamá. Él siempre había tenido contacto con ella a sus espaldas. Al ver que ya no le servía, al estar embarazada, la dejó. Nunca más tuvo contacto con él desde ese día.

***

—Mamá, mamá —decía el pequeño desde el columpio del parque—, bájame, quiero un helado.

—Hijo, te lo compro pero tendrás que comértelo de camino a casa, tengo que trabajar.

Gaby nunca pudo dejar de amar el dinero. Siguió “trabajando”, es decir, desperdiciando su vida. Había pasado algún tiempo y ya no tenía un solo hijo, sino tres.

—Mamá, no tengo dónde dejar a los niños hoy, ¿me ayudas a cuidarlos?

—Hija —dijo Ana—, ¿hasta cuándo seguirás con esta vida?

—Vamos, mamá, no los quiero dejar en un orfanato como hiciste tú conmigo.

Un silencio algo incómodo invadió la habitación.

—En fin, ¿me los cuidas o no? —preguntó con voz entrecortada.

—Déjalos, pero piensa en algo mejor —dijo Ana.

Ella se fue renegando entre dientes: “Nunca los voy a abandonar”.

Los gastos en la escuela, la comida, la ropa, etc., la tenían bastante estresada. Se ahogaba en llanto y licor. Relataba sus preocupaciones a Melany, una “amiga” que le aconsejó que probara algo mejor que el alcohol.

—Te pondrá activa —dijo ella con ojos efusivos—. Vamos, pruébalo.

Parecía un tabaco normal.

—¿Cómo piensas que esto me quitará las penas? —dijo Gaby sonriendo.

—Vamos, tonta, prende este tabaco algo arrugado.

Cuando lo hizo, se puso negro.

—¿Y esto qué es? —preguntó.

—Solo pruébalo —dijo Melany.

—Qué bien, siento un frío cálido que recorre mis mejillas, me quita la tensión de mis ojos y mi mandíbula. Me parece que puedo flotar. Quiero otro —dijo Gaby—, ¿qué es?

—Suave —dijo Melany—, esto no es juego. Yo lo hago solo cuando estoy estresada ja, ja —añadió riendo.

Pasaron unas noches más.

—Amiga, ¿qué te parece si hoy nos desestresamos un poco? —dijo Melany.

—OK, ¿cuánto cuesta? —preguntó Gaby.

—No mucho, pero hoy invitas tú —dijo Melany.

Esa noche gastó sesenta dólares.

***

—Sabes, mamá, necesito de tu ayuda, como todos los días.

Ana dijo molesta:

—Te despreocupas cada día más de tus hijos, te la pasas desestresándote. Pero no más, hoy no puedo ayudarte. Cuida a tus hijos porque tengo que salir. Ya no traes dinero, llegas borracha y oliendo raro, alguien tiene que trabajar para esta casa.

Poco después, Gaby se las ingenió para salir, pues su terapia desestresante la esperaba. No tenía dinero, pero dejó a sus hijos con la señora de al lado para que los cuidara y le pidió prestado algo de dinero.

Ella y Melany llamaron a la bruja o, como la llamaban, mamá Teresa.

—Tráiganos urgente veinte de blanco. Estamos donde siempre.

Así fue destruyendo su conciencia aquella mujer y madre que nunca entendió nada de la vida. Le gustaba fumar esa sustancia porque la transportaba al pupitre y a la aventura de la ventana de la escuelita, a aquellos juegos infantiles donde sentía tanta paz.

***

—Hola, vengo a dejar a estos niños. No los puedo criar, pues la droga me domina, no tengo trabajo ni cómo darles de comer.

Lágrimas abundantes caían por su rostro, sus pupilas estaban dilatadas y la ansiedad se notaba en las manos de aquella madre.

—Vaya, ahora paren y botan a los hijos como si nada —dijo la señorita de la Dinapen—. Vamos, bebés, despídanse de mamá.

Gaby no pudo verlos a la cara. A pesar de su despiadada decisión, no vaciló en ir a drogarse. Ya no vendía su cuerpo por dinero, ahora lo hacía a la antigua, un cambalache: sexo por droga. Pero se empezó a deteriorar, enflaqueció, sus ojos se convirtieron en grandes bolsas de cansancio, se notaba su falta de higiene y comida, sin contar con el insomnio. Las pesadillas la invadían noche tras noche. Como ustedes pueden imaginar, la conciencia le pesaba por haber abandonado a sus hijos.

Compañías no muy agradables invadieron su vida. Su rutina diaria empezaba en el suelo de una casa abandonada, con hombres y mujeres arropados con cartones; ratas y mosquitos eran sus compañeros de habitación.

—Vamos, es hora, boba —decía Jorge, alias La Bella, quien se convirtió en la pareja de Gaby, conocida en ese entonces como

Panterita. Le causaba gracia aquel apodo, que hacía honor a su actitud frente a violaciones, golpes, peleas, etc. Gaby, Lucero, Pantera, en fin, a ella ya no le importaba, no tenía identidad.

—Vamos —dijo ella, que tenía un aspecto muy parecido al de un hombre.

—Es la hora, boba.

Robos, hurtos, pleitos, malas palabras eran comunes en esta supuesta "hora" en la que llevaban a cabo sus delitos para poder comprar su droga.

Cansada, una noche pidió con lágrimas: "Dios, ayúdame, no soporto más. Me duelen los huesos, los pulmones, no avanzo pero necesito de la droga para poder estar bien".

—Hija, busca a Dios, sal de ese mundo —le decía Ana a Gaby con lágrimas en los ojos.

Ella, perdida, solo respondía:

—Sí, sí, pronto será.

Su madre no se cansó de esperar, nunca dejó de orar y pedir por su hija.

En las oficinas de la policía judicial se empezaron a recibir una serie de denuncias por robo de accesorios de carros. No pasó mucho tiempo para que Pantera pagara por sus delitos.

Una mañana, mientras estaba en su rutina de robo y consumo, la detuvo un hombre:

—Alto, ¿Gabriela Mesías? —preguntó.

—Sí —dijo ella con el ceño fruncido—, ¿qué necesitas?, ¿quién eres?

—Vamos, tenemos una denuncia en su contra.

—¿Qué? En qué tiro —dijo vulgarmente ella.

—Silencio, suba.

Ustedes ya deben imaginar el resto, pues el proceso es el mismo para todas, creo yo. La que acabo de contar es mi historia. Hoy vivo en el pabellón D1C, celda 14, yo la considero mi hogar. Pese a mis acciones aquí he encontrado buenas compañeras, leo la Biblia, tengo ganas de vivir y cambiar mi vida. No he estado sola: Dios, a través de grupos cristianos de oración, me ha ayudado a transformar mi manera de pensar y actuar. Hoy mis metas son: servir al Señor a través de una ejemplar vida sin drogas, sin malas palabras, etc.

El título de esta historia es *Ya tengo un hogar*, lo elegí porque ya no vivo en las calles y no me drogo más. Es muy pronto para decirlo, pero yo, Gabriela Mesías, dejé de ser una drogadicta; ahora soy una hija y hermana del Señor. Tengo la esperanza de volver a ver a mis tres lindos niños, hoy me arrepiento de haberlos dejado. Quiero volver a dar alegría a mi madre y hermanos, que esperan verme libre. Tengo lo necesario: agua, techo, comida, amigas, educación y, sobre todo, a Dios. ¿Qué más puedo pedir? Gracias al cielo, soy feliz y tengo un hogar.




**LUIS MIGUEL GARCÍA**
nació en Milagro, Guayas, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Institución Educativa Julio Pimentel Carbo. Su actividad favorita es el *indoor* fútbol.

# Se lo debo a mi madre

Les contaré un poco de la historia de mi vida. Nací el 15 de septiembre del año 1999. Mi familia estaba llena de personas que anhelaban mi llegada a este mundo, a excepción de mi padre. Él no quería aceptar que yo era su hijo. Eso a mi mamá no le importó, ella siguió su vida conmigo durante dos años. Ponía mucho empeño, pero el dinero que ganaba en el trabajo no era

suficiente para mantenerme. Sin embargo, gracias a su esfuerzo, todo ese tiempo estuvo lleno de cariño y mucha felicidad.

Un día ella conoció a un español que era amigo de un primo y se enamoró de él. Pasó el tiempo y el hombre le pidió matrimonio, pero mi madre no quiso. A pesar de lo que mi padre había hecho, ella lo seguía amando. Cuando mi papá se enteró de eso, él regresó como un perro arrepentido, con el rabo entre las piernas y el corazón dolido. Mi mami ingenuamente lo perdonó y volvieron a estar juntos.

En el prescolar y la escuela me sucedieron cosas que nunca voy a olvidar. Yo era el típico niño de la butaca de la esquina, dedicado, callado, atento, me creía dueño de un mundo lleno de sueños, pensaba que mis sueños se harían realidad si se lo pedía al genio de una botella o a una estrella fugaz. Me gustaba mucho jugar *indoor* fútbol.

Cuando tenía ocho años conocí a un grupo de jóvenes de la barriada que se dedicaban al arte callejero, al *break dance* y eran aficionados al box. En una ocasión, un primo quiso boxear conmigo; al final nos pegamos y él terminó súper molesto mientras los demás nos reíamos.

Mis años en la escuela fueron los mejores. Mamá me apoyaba, muchas veces me hacía los deberes, ¡parece mentira! Mis calificaciones eran de diecisiete, dieciocho o diecinueve, casi nunca acertaba al veinte. Pero, bueno, no me avergonzaba de mis notas. Cómo olvidar cuando en quinto año tuve mi primera pelea en la escuela. Fue contra un chico llamado Jorge Luis. Luché contra él muchas veces más porque siempre me buscaba. En nuestra última pelea mandaron a ver a los representantes de los dos. Fue entonces cuando supe que él era mi primo y desde ese día nos comenzamos a llevar como familia.



Cuando quinto año estaba por terminar, yo tenía que dar las tablas de multiplicar, pero cuando me preguntaban no podía responder. Mi mamá lloraba pensando que me iba a quedar de año. En ese momento mi tía Letty, mamá de mi primo Jorge Luis, me dio unos latigazos. Bastaron segundos para que me aprendiera las tablas. Esa era mi última oportunidad, si fallaba me quedaba de año pero si las daba bien pasaba. Aprobé y pasé a sexto grado.

Cuando comenzaron las clases nadie me tomaba en cuenta porque pasaba en otro mundo. Los llamados de atención eran tantos que permanecía casi todos los días en la dirección en vez de en el salón. A pesar de todo, me gradué de la escuela y pasé mis vacaciones en familia con mis pequeños hermanos. Cuando llegó

mi primer día de colegio mamá tenía una sonrisa que nunca voy a olvidar…

Cuando me convertí en un joven empezó la etapa más triste de mi vida. Yo tenía muchos deseos de vivir, pero me entristecía ver llorar a mi madre por los golpes que mi papá le daba. Las peleas entre ellos fueron muchas. En mi corazón comencé a sentir odio. Me dolía ver a mamá llorar por culpa de él. Llevaba tan solo seis meses en octavo año y me empecé a sentir muy vacío. Cada vez que veía a mi madre sufrir, malos pensamientos entraban en mi cabeza.

Poco después papá tuvo la última discusión con mamá. Se emborrachó y la golpeó. Todo fue muy feo. A ella le empezó a sangrar la cabeza. En ese momento pensé en matar a papá, pero era un chamaco y no podía hacer nada. Mamá se enfermó debido a aquella pelea. Quedó en cama, no se podía parar. El 3 de mayo de 2011 mi vida quedó marcada para siempre: perdí a mamá, mi súper heroína favorita. Lloré muchísimo. Pensaba que el único culpable de su muerte era papá, por los golpes que él le había dado.

A pesar de esa dolorosa pérdida, seguí en el colegio pero ya no era el mismo. Ingresé a una pandilla y probé drogas de todo tipo. Me hice un rebelde pero tenía una debilidad: las mujeres, ellas son las únicas que me pueden controlar. Mi amor por ellas es infinito pues mamá me enseñó que merecen respeto y que no deben ser maltratadas por ningún hombre.

Hasta primer año de bachillerato, mi vida fue muy triste. Fue entonces cuando conocí a una licenciada, se llamaba Nelly Lozada y fue como mi segunda madre. La llegué a querer un montón y por ella volví a llorar después de mucho tiempo porque le tocó cambiarse de cole. Eso fue duro pero hay algo que ella me dijo y que siempre recuerdo: “Mijo, si te caes, no te rindas. Párate

y lucha, sin importar las veces que vuelvas a caer, porque de todo eso aprenderás".

Cuando faltaba poco para terminar el cole, me di por vencido pues aún sufría mucho por la muerte de mi madre. Me volví muy vago y perdí mi primer año. Cuando lo cursaba por segunda vez conocí a una compañera llamada Alexandra. Nos hicimos buenos amigos y me terminé enamorando a muerte de ella. Me sentía capaz de todo solo por su amor. A mediados de año ella se retiró del cole por su dichoso papá. Yo me sentí vacío e hice lo mismo.

A pesar de mi vagancia y mi mal estilo de vida, ella nunca me abandonó, estuvo conmigo en buenas y malas. Recuerdo que siempre me pedía que dejara la droga, pero a mí eso de andar por las nubes se me hizo costumbre. Perdí otro año más en el colegio, pero no me importó para nada pues seguía en malos pasos. De todas formas me hacía falta ese lugar y los amigos que, entre peleas y discusiones, habían seguido conmigo.

Me sentía vacío, ya no dormía en casa, mi hogar era la calle, no comía y eso me afectaba. Entonces quise conseguir dinero. Me encontré con un viejo amigo con quien planeamos un atraco, pero salió mal y caí en el tutelar de menores por un mes. Esa temporada se me hizo muy larga. Pensé que iba a perder a Alexandra y a mi familia. Me preguntaba por qué nunca les había hecho caso. Así pagué por todo lo malo que había hecho y me sentí dolido. Por otro lado, pensé que Dios me había dado una oportunidad para cambiar, mi mente se aclaró un poco y llegué a la conclusión de que eso de drogarse y andar en las nubes era una tontería.

Cuando por fin salí, me sentí mejor y volví a estudiar. Recuerdo mi felicidad cuando supe que Alexandra había vuelto al colegio. Me alegré mucho porque pensé que me graduaría junto a ella. Pero después de cinco o seis meses de haber salido del tutelar de menores, nuevamente la droga se empezó a apoderar de mi

cuerpo. Afortunadamente, siempre han existido personas que me han estimado mucho y se han preocupado por mí. Mis dos súper heroínas, la *licen* Nuria Briones y la directora Jenny Valencia, han sido como mis madres y me han ayudado, porque ya no me quieren ver perdido en las drogas. A pesar de todo lo que he hecho, ellas saben que dentro de mí hay un chico humilde y honesto, no se dan por vencidas, quieren verme graduado y, para ser sincero, esa es mi meta: terminar el colegio. Ese título de bachiller se lo debo a mi madre que siempre me amó.

**RAQUEL MARÍA ASTUDILLO**
nació en Suscal, Cañar, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Nela Martínez Espinosa. Su actividad favorita es escribir.

# El Sol sale para todos

Dormía tranquilamente junto a mis dos hermanas menores, Norma y Janeth, en una cama elaborada por mi padre, armada con dos tablas y retocada por dos tiras de madera (él la llamaba burro-cama), cuando de pronto escuché un sollozo, ¡alguien estaba llorando! Me senté y escuché que mi papá le decía a mi mamá: “No podemos más. Ya no tenemos dinero y los niños deben

seguir estudiando, ¡la escuela se encuentra muy lejos! Es tan difícil sacar para la comida de ellos, ¡no se merecen esta vida! Entiende que todo esto es por su bien. Me asusté mucho y pensé: "¿Qué estarán tramando?". Apenas tenía ocho años y no podía entender el problema al que ellos se referían; se trataba de aquel monstruo que ataca a muchos hogares, su nombre es ¡la pobreza!

Ni siquiera me interesaba que no hubiese dinero. No comprendía por qué era tan importante esa palabra. Mis padres nunca nos dejaron de dar comida, aunque fuera únicamente una sopa. A veces veía que mi mamá tomaba una lata de sardinas, que tenía lavada y guardada, la llenaba de harina, agregaba los huevos que ponían las pocas gallinas que tenía, batía y agregaba azúcar y agua. Luego, freía porciones y nos las daba diciendo que eran los bizcochos de la abuela.

Era una niña feliz; según yo, lo tenía todo. No tenía hambre, no sufría por la vestimenta, usaba ropita que en muchos casos había sido remendada por mi madre y, en otros, eran prendas regaladas por mis primas, que vivían en la ciudad y que aprovechaban las vacaciones para visitar a mi mamá. Ellas traían juguetes que para nosotros era inalcanzables y nunca habíamos visto. Nos los compartían durante el tiempo de su permanencia; luego de su partida, continuábamos con los nuestros. Estábamos acostumbradas a jugar metiéndonos en los tanques y haciéndolos rodar por las pequeñas laderas que se encontraban junto a la casa, subiéndonos a los árboles o utilizando latas de sardinas llenas de arena para halarlas de una piola; estos juguetes eran construidos por mi padre con mucho amor.

¡Hasta que llegó el gran día! Mi mamá nos abrazó muy fuerte y se puso a llorar. Nos llevaba a la gran ciudad, allí estaba puesta toda la esperanza de mi padre: ver a todos sus hijos convertidos en unos profesionales. Me estoy refiriendo a Cuenca, de ahí es mi

familia, ahí vivían todos, solo nosotros nos habíamos quedado en un lugar que se llama Bachirín, que fue una herencia de mi abuela materna. Ese lugar es desconocido para el 99% de los ecuatorianos, se encuentra cerca de la parroquia San Antonio de Paguancay, pertenece a la provincia de Cañar. Este sitio también es vecino de Chaupiyunga, lugar en donde nació José Peralta, mi padre.

Él lloraba todo el camino mientras halaba la mula que nos transportaba hasta el carretero. Ahí nos dejó junto a mi madre, él regresó a casa a esperar el regreso de su amada esposa. Viajamos a la ciudad junto con ella, quien me decía:

—Mira, mija, van a un lugar en donde comerán arroz con carne, leche, queso y muchas cosas ricas.

Yo le decía a mi mamá:

—Pero usted se quedará con nosotros.

Fue entonces cuando me dijo:

—No. Es un lugar en donde les darán educación, comida y linda ropa; no les faltará nada. Yo estaré siempre visitando. Tú, que eres la mayor, cuidarás de tu hermana Norma.

Lo mismo sucedió con mi segundo hermano, Guillermo, con la diferencia de que él se fue a un lugar en donde estudiaban solo varones. Por cosas del destino, ambos sitios se encontraban junto al mismo parque, llamado San Sebastián, solo dos cuadras nos separaban. Nosotras nos fuimos al Orfanato Miguel León y Guillermo, al Tadeo Torres.

Llegamos hasta ese lugar. Ahí nos recibió una monja que se presentó: "Soy la madre Isabel y me encargo de las niñas. Ahora, mi señora, despídase de sus hijas; una de las reglas del internado que usted debe conocer es que las visitas son los días domingos hasta las tres de la tarde". Mi madre nos abrazó muy fuerte, lloramos. Luego, la monja nos llevó a que conociéramos en dónde quedaba

el dormitorio, el comedor y el patio, donde muchas niñas jugaban alegremente. En ese momento, me puse a mirar cómo ellas corrían tras una pelota grande, olvidé por un instante que no estábamos con mamá y me concentré en el juego. Cuando, de repente, la madre Isabel me dijo al oído: "Aún no he terminado de mostrarles a dónde ustedes pueden ingresar. Vamos al salón grande, que está destinado para hacer los deberes".

Después, junto con mi hermana menor, fuimos llevadas a un sitio conocido como La Cuadra, en donde existían muchos árboles frutales, de duraznos, manzanas, claudias, y también se podían ver las tumbas bien limpias de aquellas madres ya fallecidas. La monja exclamó: "¡A este lugar está prohibido ingresar!". Me asusté mucho por la mirada que nos había clavado, abracé a mi hermana menor y me puse a llorar. La madre Isabel ordenó: "¡Ya deja de llorar! —Y enseguida dijo—: ¡En cuanto escuchen la campana tendrán que asistir al comedor, en donde primero deben lavarse las manos para poder comer! Ahora vayan al patio y esperen, que falta poco".

Pasó el tiempo y escuchamos la señal, yo le dije a mi hermana: "Ahora vamos a comer". Nos fijamos en la fila de niñas, que con nosotros llegaban a ciento cincuenta. Miré a mi alrededor y encontré a unas señoritas, que eran pensionistas, pues allí también tenían cuartos que alquilaban a las jóvenes universitarias que venían de provincias, especialmente de la Costa. Además, existía otro lugar a donde las niñas no podían ingresar: donde se encontraban las ancianas, abandonadas o dejadas por familiares. Me volví a fijar en la fila de las niñas; ellas estaban formadas una detrás de otra, esperando para lavarse las manos y, luego, apresuradamente se trasladaban al comedor.

Nos asignaron dos asientos y, en forma ordenada, recibimos el plato de comida: era una sopa que nunca había probado. Hoy sé



que estaba hecha de chochos, que es un producto que se da en el norte de nuestro país. Estos granos eran demasiado duros, por más que mascaba no podía comer. Entonces, empecé a introducirlos en la boca y luego, al disimulo, los botaba al suelo, mientras intentaba no ser vista por la madre Isabel, que era quien controlaba todo el salón. Tenía su mano hecho puñete y, de cuando en cuando, se los mostraba a las niñas.

De repente, sentí la presencia de la monja cerca de mi puesto, que con una voz muy sonora dijo: "¿Por qué has botado la comida? ¡Ahora vas a recoger lo que has tirado al suelo y te lo comes!". Regresé a ver muy asustada: la madre Isabel tenía entre sus manos a mi compañera, que estaba sentada al lado derecho. La monja la tomó del pelo, la agachó y le hizo comer el alimento

que se encontraba regado en todo el piso. Me asusté tanto que no sabía si confesar que era mío o mejor callar. Así terminó mi primera jornada.

Al día siguiente, a las cinco de la mañana, la madre Isabel visitó el dormitorio de las niñas y, con voz muy fuerte, dijo: "¡Es hora de levantarse, todos al suelo!". No sabía qué estaba sucediendo: se trataba de la oración de la mañana que teníamos que rezar al levantarnos. Luego, cada una debía tender la cama, bañarse y cambiarse lo más pronto posible, pues teníamos que disponernos a ingresar al comedor, en donde nos esperaba nuestro desayuno, que consistía en agua, leche y un pan, ese era el alimento que nos acompañaría durante nuestra jornada de clases, que iniciaba a las 7:00 y culminaba a las 12:30. Luego de comer, la madre Isabel nos formaba en dos columnas, al frente de ellas debían estar las dos niñas más grandes; después, nos dirigíamos a la escuela 12 de Abril, que se encontraba a una cuadra del internado. No se podía romper la regla: "Como van, tienen que llegar".

Así pasó el tiempo. Uno de mis recuerdos más nítidos es cuando estaba por finalizar cuarto grado, me iban a entregar un diploma porque había alcanzado los mejores puntajes. Me acuerdo que la madre Isabel me trajo unos zapatos negros que eran más grandes que los que yo utilizaba; no me importó que a cada paso que daba se me saliera un pie, pues en primera fila estaban mi papá Ricardo y mi mamá Maruja: venían a llevarnos de vacaciones.

Dos años después culminé la primaria. Yo ya estaba a punto de ser una señorita, mi papá y mi mamá no dejaban de visitarnos; no lo hacían cada domingo, sino cada dos o tres meses, pues los recursos eran escasos. De las visitas semanales se encargaba mi abuelita materna Mariana, quien nos llevaba leche y frutas. A medida que crecía, sentía más la falta de mis padres.

En el año de 1977, mi padre consiguió trabajo en la parroquia La Troncal, que es el cantón en donde resido actualmente. Ahí funcionaba el ingenio Aztra, que hoy se llama Ecudós. Él aprovechó que en algo cambió nuestra situación económica y nos llevó a pasar allí el feriado de Semana Santa. Después nos convenció de que nos quedáramos. Pero la alegría duró muy poco: el 18 de octubre de ese año ocurrió la Masacre de Aztra y mi padre tuvo que dejarnos de nuevo en el internado, pues ahora no solo estaba sin trabajo, sino que la situación se puso muy delicada, debido a que los policías ingresaban a las casas en busca de huelguistas.

Hasta que en el año 1979, mi padre regresó a trabajar en el ingenio y, junto con él, iniciamos una etapa en la que esperábamos por nuevas oportunidades. Durante ese tiempo sufrimos de mucha pobreza, ya que éramos cinco hijos; por eso, mi hermano Guillermo y yo tuvimos que trabajar en los tiempos libres, después de estudiar, para ayudar en el hogar.

Hoy doy gracias a Dios por haber pasado por todas estas peripecias, ya que mis hermanos y yo valoramos lo que nuestros padres hicieron por nosotros. Aprovecho esta oportunidad para agradecerle a Él, a la vida y a mis papás por todo lo que somos: consiguieron convertir a todos sus hijos en profesionales. Por eso, en memoria de mi padre, a quien la muerte me lo arrebató hace cinco años, seguimos luchando junto con mi madre, mis hermanos, mi hija María Belén y mi nieto Ricardito.

Mi historia es la misma que la de muchos niños. Valoro a aquellos padres e hijos que salen adelante y rompen las barreras que la vida nos pone, y los animo a seguir luchando, pues el Sol sale para todos.

**GERMÁN EDUARDO GORDÓN**
estudia en la Básica Superior Intensiva de la Unidad Educativa Intercultural Bilingüe Manuel J. Calle Guardiana de la Lengua.

# El regalo de Nochebuena

El 24 de junio del año 2003, mi esposa tomó el avión que la llevaría hasta Madrid, España. Salió del país en busca de un mejor porvenir para nuestra familia de cuatro integrantes: ella, yo y nuestros dos hijos: William, de nueve años de edad, y Silvana, de seis. William cursaba el cuarto grado en aquel entonces, era el mejor de toda la clase. Silvana estaba en segundo grado, también tenía excelentes

calificaciones. Esto fue cambiando con el paso del tiempo, porque yo me quedé a cargo de los dos, me tocó hacer de padre y madre a la vez. Para cubrir nuestras necesidades básicas, trabajaba en una empresa florícola del cantón Cayambe. Desempeñé esta actividad por algunos años, pero con el paso del tiempo se complicó todo ya que no podía guiar a mis hijos en sus estudios y trabajar a la vez.

Para ayudarlos a mejorar su rendimiento escolar y mi relación afectiva con ellos me tocó renunciar a mi trabajo, decisión que arruinó la economía familiar porque la madre de mis hijos se olvidó por completo de ellos y de mí.

Transcurría el mes de diciembre del año 2007. El día 24, mis hijos me pidieron que les consiguiera una caja de cartón y papel para envolverla y ponerla como regalo bajo el árbol navideño. De



antemano les había dicho que no se les daría obsequios porque nuestra economía era precaria; ellos estuvieron de acuerdo. Ese día regresé a casa enojado por no haber conseguido nada para mis hijos. Sin embargo, esa noche ellos me obsequiaron la caja de cartón y me pidieron que la abriera. Mi enojo fue mayor al ver que estaba vacía. Les dije:

—Cuando uno regala algo no entrega la caja vacía.

Ellos respondieron entre lágrimas y sollozos:

—Papá, la caja no está vacía, la hemos llenado durante todo el día de besos y de buenos deseos para ti.

Esas palabras acabaron con mi enojo. Abracé a mis hijos llorando y entendí que, a pesar de que yo no había podido obsequiarles nada ese día, ellos seguían dándome su apoyo; la caja era solo un símbolo de su amor incondicional y desinteresado.

Hoy y con el paso del tiempo he aprendido que lo fundamental son los sentimientos, aunque sean invisibles a los ojos de la gente materialista. El afecto y sus manifestaciones, ¿no son acaso un regalo inapreciable?

**MICHELE BRENDA CASAMEN**
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

# Me fui del país

Uno de mis principales orgullos es decir que soy venezolana. Fue difícil irme del país donde crecí, donde tenía esperanzas, donde pude ver cómo cada uno de los venezolanos luchaba por mantener a su familia. Esto marcó mi vida porque fue triste atestiguar cómo el país donde nací empeoraba cada día. No todos podrán entender lo doloroso que fue ver cómo morían los jóvenes que luchaban por un futuro.

Desde pequeña crecí con la esperanza de tener un futuro en mi país. Quería ser violista cuando fuera grande. Yo practicaba en la Orquesta Infantil de Venezuela e iba a clases. A veces me ponía triste por no poder asistir o no tener tiempo para practicar; tenía que ayudar a mi mamá.

Me da tristeza haberme ido de Venezuela. El año pasado, mis papás me dijeron que iba a salir del país pero no les presté mucha atención. Con el tiempo me empecé a sentir más triste, porque se iba acercando la fecha. Yo sabía que ellos no tenían tanto dinero; eso me hacía sentir tranquila porque a mi edad irme del país no iba a ser nada fácil. Lo único que me importaba era ver a mi familia



viva y me daba tristeza cómo iba empeorando la situación. Le pedía a Dios que no me alejara de las personas con las que crecí.

Yo estudié en un colegio militar. Mi sueño era ser cadete de la Guardia Nacional. Solo me faltaban dos años para graduarme porque en Venezuela son cinco años de estudio. Yo no pierdo la fe de volver a vivir con la gente que me vio nacer y que me apoyaba. Haber dejado todo allá para comenzar de nuevo no es nada fácil. Hay gente que nos denigra por ser venezolanos. Aún tengo esperanzas de volver a ver a mi país de pie.

Antes de venir a Ecuador, aún tenía la ilusión de quedarme en mi país. A mí no me importaba pasar hambre o salir sin dinero. Me sentía feliz de ver a mi familia y solo me fui para tener un buen futuro. Antes sonreía porque pensaba que Venezuela iba a cambiar. Ahora ya no estoy con toda mi familia y sigo sin entender por qué esto me pasó a mí, por qué me tuve que ir cuando me sentía bien. Salía a trabajar con mi mamá y veía que la gente le echaba ganas a su trabajo para llevar comida a su casa.

Aún tengo fe de que Venezuela va a cambiar. Solo me toca empeñarme en los estudios para, más adelante, volver y sacar a mi familia adelante. Eso es lo que más quiero: que vivan mejor sin que les falte medicamentos ni comida. Solo deseo que algún día cambie la situación que están viviendo los venezolanos, aunque no va a ser sencillo. Durante el tiempo que crecí y viví allá veía que la gente hacía lo que fuera para llevar comida a su hogar.

Irme del país no fue fácil porque quería graduarme con mis amigos y ver a toda mi familia en la ceremonia; solía imaginarlos a todos dándome felicitaciones. Pero las cosas no fueron como yo pensé. Esta Navidad va a ser triste para mí porque será la

primera fuera de mi país y pasaré sin una parte de mi familia. Pero le agradezco a Dios porque me dio esta oportunidad de volver a empezar con nuevos amigos un nuevo sueño. A pesar de que para mí esto es algo que no pensé que iba a pasar, nunca olvidaré de dónde vengo y siempre estaré orgullosa de mi país, porque sé que cada uno de mis compatriotas lucha por una Venezuela libre. Todos tenemos un sueño, hay algunos que los cumplirán en otro país y otros que lucharán por cumplirlos allá.

Soy violista venezolana y hoy mi instrumento no suena porque en mi país no hay derecho a la vida. Esta es mi única arma, mi blanco son mis sueños.

**EUGENIA APOLO** nació en Yanzatza, Zamora Chinchipe, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Moraspungo. Su actividad favorita es leer.

# Un giro de 180°

**18 de junio 2015**

En esa fecha, mi vida tuvo un gran cambio. Cuando estaba en el aeropuerto, con mis padres, mis hermanas y mi mascota, nunca creí que tendríamos que venir a Ecuador y dejar España atrás. Pero, para explicarlo mejor, comenzaré a contar una semana atrás de ese difícil día.

**8 de junio 2015**

A mis hermanas y a mí, nos comunicaron que nos íbamos a Ecuador, para tener una nueva vida. A mi hermana pequeña

Ainhoa —de nueve años—, le gustó la idea, ya que haría nuevos amigos, conocería más el lugar de donde venimos y estaría más cerca del abuelo. En cambio, a mi hermana Jennifer —de quince años— y a mí, no nos gustó la decisión y pensamos, por un momento, que se trataba de una broma. Al ver sus caras de que la cosa iba en serio, dijimos: "¿Por qué? ¿Cuándo? ¿Cómo?". Y mis padres nos explicaron la situación en la que estábamos; nosotras, con toda la tristeza, tuvimos que aceptar el cambio esperando que los días no pasaran tan rápido.

**9 de junio 2015**

Ese día fue la última jornada de clases para mis hermanas y para mí, y comenzaban las vacaciones de verano. Mis compañeros, al



enterarse de que era el último día que estaría con ellos, me dieron una gran sorpresa, hasta me hicieron llorar. Ese regalo está en mi mente, lo recuerdo perfectamente. Incluso, recuerdo que mi amigo Sebastián, el que nunca llora —porque decía que "los hombres nunca lloran"—, ese día lloró a cántaros; me conmovió saber que ese sentimiento surgió porque fui una gran amiga para él.

**11 de junio 2015**

Ya empezamos a empacar todas nuestras pertenencias y a colocarlas en las cajas. Mis padres decidieron comprar un contenedor y ahí enviaríamos todo, solo la ropa íbamos a llevar en maletas. Al ver que poco a poco la casa quedaba vacía, nos costó mucho contener nuestras emociones, porque no quedaba ni una señal de que ahí había vivido la familia Apolo.

**12 de junio 2015**

Seguíamos preparando las cajas para enviarlas en el contenedor. Al mismo tiempo, debíamos poner en un documento el número de cajas y lo que contenían detalladamente. Toda la familia estaba muy cansada, estresada y malhumorada.

**13 de junio 2015**

Tuvimos que verificar los pasaportes y los pasajes, para ver si todo estaba en orden y si no nos faltaba algún papel. También, tuvimos que sacar los papeles de Pipo, nuestra mascota, para llevarlo con nosotros. No lo íbamos a dejar en España, porque se deprimiría, a pesar de quedarse con algún familiar; por eso se tomó la decisión de que venga con nosotros.

**14 de junio 2015**

Mis padres confirmaron a toda la familia y amigos la fecha en la que partiríamos a Ecuador. Todos quedaron sorprendidos ante la

noticia. Aunque de ante mano estaban informados, pero no sabían cuándo nos íbamos, se quedaron sin habla y en la habitación hubo un gran silencio de tristeza.

**15 de junio 2015**

Prepararon una misa para que nos fuera bien en el viaje y en nuestro nuevo hogar. Una vez finalizada la ceremonia, mientras mis padres estaban con mis tíos y sus amigos, por última vez, fui a dar una vuelta con mi mejor amiga Eider por el pueblo en donde crecí. Llegué allí con siete años y quería recordar bellos momentos, así como empaparme de todas las vistas que había y de mis lugares favoritos, para nunca olvidarme de ellos.

**16 de junio 2015**

Ese día decidimos ir a Pamplona a comprar las cosas que necesitaríamos para el viaje y aprovechar para pasear por última vez por esa zona. Fuimos al cine, comimos y cenamos en un restaurante. Compramos un poco de ropa y lo mejor de todo fue que lo pasamos juntos, como no lo habíamos hecho en muchos años; la familia paseó unida por última vez en Pamplona.

**17 de junio 2017**

Mis tíos realizaron una comida de despedida. Comimos en una gran mesa con todos los familiares y conocidos. Después, fuimos a jugar fútbol y, por último, nos reunimos de noche para despedirnos, porque la mañana siguiente sería el gran día. Me despedí de todos e, incluso, de mi amiga Eider; sentí cómo mi corazón se rompía, al saber que dejaba a familiares, amigos y unos pocos recuerdos de ese lugar: Abaigar.

**18 de junio 2015**

A las 2:00 de la mañana, me encontraba sentada en el carro para ir al aeropuerto. Vi pasar todos los pueblos y supe que nunca más los volvería a ver. Una vez en el aeropuerto, nos dirigimos a embarcar, lo que ya nos colocó en el avión, en mi asiento, junto a la ventana, para ver cómo despegaba hacia su destino.

En mi mente, pasaron los recuerdos, los amigos y los familiares que dejé, esos días en que salíamos de fiesta, los parques de atracciones, los cumpleaños y, sobre todo, la infancia, las travesuras que hacíamos en el pueblo. Pero esos recuerdos nunca los olvidaré y estoy preparada para los retos que me pondrá la vida, para mi nuevo destino en donde yo nací, aunque no recuerde nada de Ecuador.




**GILSON FERNANDO HERRERA**
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Zenón Veliz Viteri. Su actividad favorita es jugar pelota.

# La pérdida

Hace años, mi mamá me contó esta historia y me llamó mucho la atención cómo lo hacía. Pude ver su cara de tristeza y cómo una lágrima rodaba por su mejilla al narrarme este acontecimiento. Me produjo melancolía, tristeza y, a la vez, coraje; pude sentir el dolor de mi madre al empezar esta historia.

Rebeca, una chica con muchas ganas de vivir, tenía un carisma único, que nadie podía arrebatarle. Esta joven estaba pasando por la etapa colegial y, como toda adolescente, vivió el enamoramiento.

Llegó a tal punto que se entregó en cuerpo y alma a aquel joven del que se había enamorado. Pero él solo quería pasarla bien y nunca la tomó en serio. Producto de este amor esporádico, Rebeca quedó embarazada.

Al contarle la noticia, el joven se sorprendió, porque no había pasado por su mente tener un hijo aún. Le dijo que viera ella cómo arreglar su problema, porque él no se iba a hacer responsable. Esto destruyó y entristeció a Rebeca, que se sentía sola y no sabía qué hacer; debido a esto, tendría problemas en casa. Sus padres eran personas muy estrictas y siempre intentaban corregirla por su manera de ser.

Habían pasado dos meses de embarazo y comenzaron los achaques. Ella no podía ocultarlo más y decidió contarles a sus padres sobre lo que estaba sucediendo. Los señores pegaron el grito en el cielo e, incluso, quisieron pegarle. Después, se calmaron y conversaron con ella; le dijeron que, definitivamente, ese niño no debía nacer y que debía interrumpir el embarazo. Rebeca se puso a llorar y, gritando fuerte, les dijo: "Si ustedes matan a mi hijo, yo atentaré contra mi vida o me iré con él. Es mi hijo. Ustedes no tienen derecho a quitarle la vida a un ser inocente, que no tiene la culpa de mis errores y que se está desarrollando en mi cuerpo, no en el suyo".

Los padres de Rebeca decidieron apoyarla mientras se tranquilizaba, pero por su mente pasaban otras ideas. Planeaban cómo interrumpir el embarazo. Al pasar los meses, el estado de la adolescente se complicó y se enfermaba constantemente. Los padres aprovecharon cada oportunidad para medicarla y, debido a tantos medicamentos, Rebeca abortó el bebé que estaba esperando.

Pasado ese mal rato, la joven se fue recuperando poco a poco. Pero emocionalmente ella ya no era la misma. Los padres



estaban preocupados por los cambios repentinos de su hija. Un día, la mamá la observó detenidamente y le llamó la atención un comportamiento raro en la joven. Ella le hacía juegos a un muñeco de su etapa de la niñez. Entonces, los padres decidieron llevarla a un psiquiatra, para tratar de ayudarla, pero ella se rehusaba a ir. Rebeca, gritando, pedía que no la tocaran y que no le quitaran al hijo que, supuestamente, cargaba en sus brazos.

Después de rogarle que los acompañe al psiquiatra, ella aceptó. En el hospital, el médico la revisó y la evaluó psicológicamente. Posteriormente, el doctor conversó con los padres de Rebeca y les dijo que tenía un trauma psicológico debido a la pérdida del bebé. Debían ingresarla en un sanatorio mental, porque su problema era serio y, en cualquier momento, podía atentar contra

su vida. Los padres se sentían mal de una u otra forma, porque ellos tenían mucha culpa por haberle ocasionado el aborto. Ellos no contaron con que la hija estaba escuchando, detrás de la puerta, la conversación que se mantenía en el consultorio. Rebeca se alejó de su familia y enloqueció. Incluso, quiso agredir físicamente a sus padres que estaban en el consultorio y los culpó de la muerte de su hijo. Los médicos del sitio la detuvieron para que no cometa ninguna locura y, después de tanto forcejear, lograron tranquilizarla con calmantes. Pasado ya el efecto de los medicamentos, ella despertó y pidió hablar con sus padres. Ellos se acercaron y le pidieron que los perdonara por el dolor ocasionado. Rebeca, con lágrimas en los ojos, les dijo que nunca los iba a perdonar, porque ellos le habían quitado la oportunidad de vivir a su bebé.

Los señores decidieron dejarla en el hospital psiquiátrico, para que se curara y pasara esa etapa de su vida. Sin embargo, Rebeca nunca pudo superarlo y se suicidó en el hospital, con una sábana que había colocado en la ventana del cuarto en el que dormía. Los padres se quedaron sumidos en un profundo dolor y le pedían a Dios que los perdonara por haber lastimado a su única hija. Comprendieron que, a pesar de los errores que cometen los hijos, siempre hay que apoyarlos y no darles la espalda, como lo hicieron ellos… Hoy en día, aún lloran la pérdida de esa joven risueña, con tantas ganas de salir a comerse el mundo y con una alegría que solo ella poseía.

**RAQUEL DE LOS ÁNGELES SANMARTÍN** nació en Azogues, Cañar, en 1971. Trabaja en la Institución Educativa República del Ecuador. Su actividad favorita es desarrollar trabajos artísticos.

# La suerte de las *warmis*

Con la nostalgia de la infancia pasada, el otoño de la serranía ha retornado. Los campos ocres se divisan por doquier, el viento sopla haciendo volar las hojas secas, que alegres juguetean mezclándose con las prietas golondrinas, espectadoras de innumerables historias.

Ahí está ella, abrigada por el sol de la tarde, cual tamuja seca que se rompe a pedazos, con sus sentidos vencidos por el sufrimiento, sometida a la suerte de la naturaleza, esa que los varones ignoran; por instantes, se contrae en su refugio de tres paredes, entre cartones y algún trasto abandonado. Niños impacientes y temerosos le dedican una mirada compasiva y porfiada y se apenan de la suerte de la pobre. ¿Acaso debe sufrir tanto?

Cual parteras inútiles, los pequeños se relevan para vigilar el acontecimiento extraño y, a su vez, tan usual en el mundo animal. Ella, inevitablemente agitada, ajena al mundo, solo sabe que debe soportar la desesperación del padecimiento.

Han transcurrido tres horas, las gallinas, locas aves, se han acercado a ella meciendo sus cabezas sin cesar. Exhausta y solitaria,



se ha quedado lidiando con su tortura, sin saber que habrá quienes, contrariados, opinarán sobre el futuro de su descendencia. Gente inoportuna nuevamente se aproxima con sus estridentes gritos. "¡Ahí está un negrito!". Terciopelo sin ojos, se adhiere a su madre, que aún espera el arribo de otros viajeros a este universo de amos y mascotas. Ella precisa cuidar de su primogénito y los humanos sobran en esta escena.

Son las cinco de la tarde, se escucha el grito desesperado de la sirena que anuncia la salida de los extenuados mineros. Ellos emprenden su marcha después de lanzar a la atmósfera la blanca caliza de *guapán*. La madre todavía se encuentra sujeta al suplicio de sus entrañas. En ese momento recibe visitas de nuevo. En medio del asombro, una luz ebria de dulzura invade los ojos de los niños. Ahora, a más del negrito, hay tres pardos y uno blanco. ¿Acaso todos son machos? ¿O habrá entre ellos una hembra, la no deseada *warmi*? ('mujer' en quichua).

La novedad llega a los oídos del padre de los chiquillos. Es hora de comprobar si no ha nacido alguna traviesa *warmi*; el destino de ellas está estampado por los prejuicios de los humanos, ajenos a que podrían pasar sus días de cachorras correteando en el pasto, jugando con los niños o siguiendo el mismo sendero de su madre; sí, ella que apenas ha acariciado a las pequeñas pardas con su instinto maternal. Pero la decisión está tomada, ellas no sirven, son entes que incomodarán y nadie aspirará a gozar de su compañía.

El hombre toma su pala y se lleva al trío de hembras, mientras ellas aún buscan con sus cuerpos a su madre. Pero ella está atareada con los *karis* ('machos' en quichua), presumiendo feliz de su camada e ignorando que sus pardas se han ido para no volver.

El hombre se ha detenido frente a un lugar en el suelo; vacila y piensa. Uno de los niños lo acompaña con una espátula, escolta la tragedia. Presuroso, empuña la herramienta, mientras

los cuerpecillos descansan en la rústica tierra. Cada pellizco de suelo va saliendo hacia los costados, mientras el hueco empieza a bostezar. De pronto, todo se detiene, las *warmis* son encajadas en ese vientre duro y, en milésimas de segundos, la afilada la pala arranca las cabezas de los cuerpos. Apenas se han movido. Los ojos del niño se cierran en un suspiro, tiene su garganta amarrada para sujetar los gritos aterrorizados. Ellas ya no correrán ni presumirán sus colas, ya no robarán sonrisas ni desgastarán sus lenguas en mano alguna; yacen solas y juntas en aquel lugar. La tierra las va cubriendo como el horizonte se traga el sol de la tarde. El niño, asombrado y quebrantado, no entiende lo sucedido. Solo se atreve a preguntar: "¿Por qué?".

Porque para las *warmis* no existe destino de adultas. Son contadas las cachorras que esquivan sus destinos fatales en esa tierra que engulle los cuerpos de forma precoz, marcada por la hojarasca del tiempo y el olvido.

**WILLMAN ALBERTO LANCHIMBA**
nació en Cotacachi, Imbabura, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Ulpiano de la Torre. Su actividad favorita es leer libros.

# La tristeza y la alegría, compañeras de mi vida

Muchas veces me he preguntado: ¿Por qué soy así? Soy un poco distinto a los otros, miro las cosas de diferente manera, me gusta leer y desear el bien para todos, pero aún no encuentro las respuestas a todas mis preguntas. Lo que sí sé, con seguridad, es

que mi madre, María Clemencia Bonilla, fue una niña feliz hasta que mi abuela murió. Mi mamá se quedó sola a los doce años y mi abuelo siempre la trataba mal. A los dieciocho años, ella consiguió trabajo en Quito, como ama de casa, sirviendo a los patrones, haciendo sus comidas y tendiendo sus camas. Mi madre me ha contado que era una persona muy especial para sus jefes y que la querían mucho. Mi padre, Alberto Lanchimba, fue criado solo por mi abuela, porque mi abuelo ya tenía familia y ella se quedó sola. Mi padre era muy cariñoso con mi abuela, siempre le ayudaba en los quehaceres domésticos; era un verdadero compañero. Él y yo competimos en la acarreada de la chamiza, en las fiestas de San José, mi barrio.

Por cosas de la vida, mi padre conoció a mi madre, le propuso formar una familia y se casaron por la vía legal. Mi primer hermano es Sergio Arturo, el segundo se llama Romel Jovani; luego, viene mi hermana Diana Magali; después, Sandra Alexandra y Jessica Lizbeth; y, por último, yo, Willman Alberto.

Cuenta mi madre que, cuando ella me dio a luz, mi padre tenía cara de sorprendido, porque no creía que fuera su hijo. Él había dicho: "¡Yo soy feo! ¡Y él, guapo! ¡No! ¡No, es mi hijo!". A veces le pregunto a mi madre: ¿Así era yo desde que nací? ¿Blanco, gordo y grande?

Mi nacimiento es único porque vine al mundo el 24 de julio del 2002, el mimo mes que se festeja a Santa Anita, la patrona de Cotacachi. Por eso, mi cantón se llama Santa Ana de Cotacachi. Recuerdo que, cuando era niño, una vez se veló en mi casa un Niñito Jesús. Cuando entró, me enamoré de los escarpines, se los saqué al Niño y me los guardé; quería tener un recuerdo de Él, para cuando se fuera de mi casa. Pero mi madre de inmediato



se dio cuenta de que el Niñito Jesús estaba sin los zapatitos. Ella, preocupada, preguntó:

— ¿Dónde están los escarpines del Niñito?

Y yo le respondí:

—Aquí.

Mi madre dejó de preocuparse, me abrazó fuertemente y me dio un beso en la mejilla. Desde entonces, paso imaginando muchas aventuras, que se robustecen con el cariño de mis hermanos y de mis padres. Nosotros somos muy unidos e inseparables, como una planta de camotes: cuando se la saca de la tierra, todos salen bien abrazados. Así somos. Esa valentía y el amor de mi familia

me han hecho perder el miedo a las personas. Ahora sé que este sentimiento solo está en la mente. Y pienso que la vida no se vive con miedo. Este es solo para los cobardes.

Ahora que soy adolescente y estoy estudiando en la Unidad Educativa Luis U. de la Torre, pienso en la frase de Kant: "Atrévete a pensar", y eso hace que me sienta muy feliz en las clases de los licenciados. Hay una materia en especial que me asombra y me gusta muchísimo: Filosofía. Hablar de los filósofos es como teletransportarse a esos tiempos antiguos. Es admirable su valentía para haberse preguntado el porqué de las cosas. ¿Cómo fueron capaces de partir de una pregunta para entenderlo todo? Mis amigos dicen que soy muy tonto y torpe. Pero se equivocan. Creo que el país necesita de más personas como yo. ¡No de drogadictos que tienen miedo de vivir su realidad! ¡No de quienes traen marihuana a la institución! ¡No de las personas que golpean a las mujeres en el colegio!

Durante mis horas de estudio, siento que mis sentidos se agudizan, mi mente se abre hacia otras partes del universo, parece que todas las áreas de mi cerebro se iluminan. Estoy hasta el tope de cuestionamientos. Unos van, otros vienen. A veces me pregunto: ¿Por qué a mis compañeros les hace daño mi inteligencia? Siento su odio. Cada vez que respondo, ellos me ven con malos ojos y sus fuertes palabras me ponen muy triste, porque son muy crueles. Cuando vivo ese sufrimiento, me pongo a pensar en la vida de los filósofos. ¡Cómo tuvieron que sufrir lo mismo! Sus preguntas y respuestas no eran las de la gente común, sino otras, que cuestionaban la manera de pensar de los demás. ¡Hasta su propia religión! Pienso en ellos y digo: "La crítica de los demás no me importa; lo que digan mis compañeros no me importa; lo que

piense la sociedad de mí, tampoco me importa. Solo espero días mejores, para mí y mi familia". Eso me mantiene con esperanza.

Recuerdo que una vez, en el antiguo colegio, le hice una pregunta a un compañero:

—¿Por qué una fe es diferente que otra?

Él me contestó:

—Porque en la Antigüedad había diferentes tipos de dioses.

No me quedé contento con la respuesta. Le hice más preguntas hasta que él ya no supo qué contestarme. Hasta ahora busco la respuesta y creo que va de la mano de la frase de ese gran filósofo de la vida, Gabriel García Márquez: "No es verdad que la gente deja de perseguir sus sueños porque envejece, envejece porque deja de perseguir sus sueños". Por eso me gusta imaginar que juego con robots, creados por mí, practicamos el diálogo socrático; a veces me caen, otras veces yo les caigo. Pero mi historia, que a veces es muy triste por las frases crueles que me dicen mis compañeros, se vuelve alegre, porque la frase de Gandhi me acompaña: "Vive como si fueras a morir mañana, aprende como si fueras a vivir para siempre". Y eso es lo que hago.

**NAYELI DOLORES AGUILAR**
nació en Francisco de Orellana, Orellana, en 2000. Estudia en primer año de Bachillerato de la Institución Educativa 12 de Febrero. Su actividad favorita son las manualidades.

# Camino de valentía

Lucía vivía en la provincia de El Oro. Su padre, Antonio, su madre, Teresa, y su hermano, Mateo, vivían alejados de la ciudad en una finca. Parecían una familia sin problemas, pero eso no era verdad, pues Antonio era el típico marido machista que golpeaba y humillaba a su mujer en presencia de los pequeños niños, que tan solo tenían seis y cuatro años.

Un día, cansada de tanto sufrimiento, Teresa, sin importar que recién había dado a luz a un hermoso niño llamado Orley,

decidió abandonar a su marido y regresar a la ciudad del Coca en la provincia de Orellana, donde vivía su padre y su primera hija. Aunque le costó salir, lo logró y se sintió muy feliz sin su marido. Pero esta felicidad no duró mucho porque en tan solo unos meses Antonio la fue a buscar.

Lucía fue creciendo y entró a la escuela. Era una niña muy estudiosa y responsable. Aunque tenía el amor de su madre, no era completamente feliz ya que su padre no demostraba cariño hacia sus hijos; en realidad, parecía que no los quería, pues nunca se acercaba a leerles un cuento o a darles las buenas noches y siempre los trataba mal y los menospreciaba. Además, maltrataba a Teresa sin importarle que sus hijos presenciaran esas desagradables escenas.

Pasaron tres años, Lucía, Mateo y Orley ya estaban grandes. Su madre ya no podía seguir soportando los abusos de su esposo, y para que sus hijos no crecieran en medio de tanto odio logró separarse de Antonio con ayuda profesional. Con esto terminó el sufrimiento de Teresa, mas no el de la pequeña Lucía. El día que sus padres decidieron separarse, ella, al salir de la escuela, fue raptada por Antonio, que se la llevó a vivir con sus abuelos. Lucía no era feliz, extrañaba a sus hermanos y a su madre, pero su padre la obligaba a hablar mal de Teresa y, aunque a ella le dolía, tenía que hacerlo.

Después de unos meses, Antonio y Lucía regresaron al Sacha, donde vivía Teresa. La idea del padre de la niña era hacer que ella hablara con el abogado para legalizar su tenencia, pero Lucía no lo hizo, pues al ver a su madre corrió a sus brazos y no la quiso dejar. Fue entonces cuando, al fin, Antonio tuvo que resignarse a perder a su familia por sus malos actos.

A los once años, Lucía se interesó por los deportes y fue cuando empezó a entrenar en levantamiento de pesas. Le gustaba mucho y fue al Coca, donde clasificó para ir a competir en la

provincia de Azuay, en la ciudad de Gualaceo, que le pareció un lugar muy hermoso. Para Lucía esta fue una experiencia muy bonita y, aunque ella quería seguir entrenando, no pudo, porque empezaron a surgir problemas. Muchas veces la gente le decía a su madre que su hija no iba a entrenar y que se dedicaba a los malos vicios, como drogarse y pasar solo en la calle, sin que esto fuera verdad. Teresa empezó a desconfiar y esto acabó con la buena relación entre madre e hija y los sueños deportivos.

Lucía se sentía cada vez peor. No faltaba el día en que su hermano Mateo dijera que se había quedado con chicos a la salida del colegio. Esto le dolía mucho. Ella fue creciendo y no tuvo ayuda de nadie ni quién le diera un consejo, solo escuchaba críticas. Por eso, se encerraba en su cuarto a llorar hasta quedarse dormida cada vez que discutía con su madre, no comía por dos o tres días y, sin darse cuenta de que se hacía daño, en ocasiones solía cortarse las muñecas, aunque poco a poco fue dejando esta práctica.

En el colegio, cuando veía que una de sus amigas estaba mal, no dudaba en acercarse a hablar con ella para darle ánimos y que se sintiera mejor. "La vida no se acaba por un problema o una discusión —decía siempre—. No te sientas mal, solo ten presente lo que eres y no lo que el resto piense de ti". Lucía, aunque no tenía experiencia ni suficiente edad, pensaba que todas las personas necesitan de alguien en quien confiar y conversar acerca de sus problemas, a pesar de que ella nunca tuvo ese tipo de apoyo.

Un día, Alexandra, la hermana mayor de Lucía, la llevó a un retiro espiritual del movimiento Juan XVIII. Fue una gran experiencia para ella y una oportunidad para volver a tener una buena relación con su familia. Las cosas parecían empezar a mejorar pero lo peor estaba por suceder.

Después de esta experiencia, Lucía, con quince años de edad, se volvió más amable y empezó a socializar más con otras



personas. Su inocencia no le permitía ver los peligros de la vida. Fue entonces cuando conoció a un pariente en quien pensó que podía confiar por el hecho de tener la misma sangre. Fue el peor error que pudo cometer. Una tarde de noviembre, ella se empezó a sentir mal y él le ofreció dar un remedio para que no le doliera tanto la cabeza. Sin pensarlo, la chica aceptó ir sola a la casa de su pariente pues no quería incomodar a su familia, porque su prima se encontraba de visita y estaba con problemas. Cuando llegaron él le ofreció agua. Ella aceptó sin saber que estaba mezclada con algo más y de pronto perdió todas sus fuerzas. Ese fue el día en que él acabó con su inocencia.

Después de esto, Lucía cambió mucho. Ya no era la misma, se volvió más callada; cuando su madre le reclamaba por algo, ella le respondía más fuerte. Nuevamente empezó a cortarse las

muñecas, ya no le importaba si sus notas en el colegio bajaban, lo único en que pensaba era en desaparecer. Su madre se dio cuenta de que algo no iba bien con su hija por la manera como se expresaba. Después de cuatro meses de lo sucedido, Lucía tuvo el valor de decirle a su mamá que la habían violado. Entonces ella se sintió muy mal por su hija y también muy culpable, porque muchas veces solo supo juzgarla por cosas que eran falsas y no tuvo tiempo para escucharla. Teresa y Lucía denunciaron lo que había sucedido y, aunque este proceso tardó alrededor de un año, se hizo justicia. La chica salió adelante con ayuda de su madre, aunque fue un período muy duro.

Hoy, Lucía aún recuerda lo sucedido y, a pesar de que a veces se pone triste, sabe que tiene que seguir adelante. Por ello está rehaciendo su vida y siendo feliz con las personas que quiere: sus amigos y amigas y su novio Eduardo, que se ha portado muy bien con ella y hace lo que puede para que esté feliz. Todo lo acontecido ha hecho que Lucía se acerque a Dios. Ahora es catequista y, aunque recién está aprendiendo, pone mucho empeño para que los niños de su grupo sean buenos y que no se separen del camino del Señor.

Lucía tiene metas y sueños por cumplir, como terminar el colegio, ser una profesional y, con el tiempo, llegar a formar su propia familia y tratar de no cometer los errores que sus padres cometieron con ella. Todo esto lo quiere hacer junto a Dios y tiene fe en que las personas pueden recapacitar y darse cuenta de que no es correcto que hagan el mal, que deben buscar el bien y la armonía de su familia. También tiene la esperanza de que esas personas que se aprovechan de la inocencia de muchas chicas se den cuenta de que hacen muy mal y espera que reflexionen acerca de cómo se sentirían si eso le pasara a uno de sus familiares.

**MARLÓN DAVID TIPÁN**
estudia en segundo año
de Bachillerato de la
Unidad Educativa Pujilí.

# De los errores se aprende

Había una vez un niño llamado David que vivía solo con sus abuelos. Un día llegó su madre para llevárselo. Él se fue con ella muy contento y sin saber qué le preparaba el destino. Su verdadero padre se había marchado a España y su madre había hecho un nuevo compromiso con otro hombre. Este era el padrastro de David y lo trataba muy mal, le pegaba por cualquier cosa.

El tiempo pasó y el niño fue creciendo. Su padrastro continuó tratándolo muy mal y pegándole más y más. Cuando David cumplió diez años de edad comenzó a trabajar. Con lo poco que ganaba ayudaba a su madre. Era un hijo bueno pero, a pesar de ello, tenía muchos problemas en la casa. La actitud de David fue cambiando poco a poco hasta que ingresó al colegio.

En octavo año comenzó a llevarse con malas amistades. El chico comenzó a ser majadero con su madre; su padrastro le seguía pegando y él se sentía mal por no tener a un padre verdadero sino a un padrastro que lo maltrataba y al que no se podía acercar y decirle: "Papi, te amo".

Cuando David ingresó a noveno año, se juntó con amistades aún más dañinas que le enseñaron a tomar. Esto se le hizo costumbre, hasta entraba borracho al colegio o a clases. Comenzó a pelearse con los licenciados y siguió con esa actitud hasta que llegó a décimo año. Su mamá se enteró y todos los días pasaba con él en el DECE. Ella lloraba y sufría, pero David se portaba cada vez peor.

Él no se daba cuenta de que estaba cometiendo errores. Aun así, continuaba siendo un buen estudiante. Pero al final de cuarto curso, David conoció amigos que le incentivaron a consumir marihuana. Él no era feliz, tenía muchos problemas, por eso comenzó a fumar en pipas, peras, manzanas, frutillas, papas y zanahorias. David probó *creepy*, *red, purple*, *orange*, tachas y blanco sin saber que les iba a causar mucho daño y sufrimiento a sus padres. Su padrastro había cambiado mucho, pero el chico no lo había notado. Él ya no lo quería como a un hijastro, sino como si fuera su propio hijo.

Un 25 de diciembre, los padres de David se dieron cuenta de que se estaba drogando. Ambos estaban decepcionados; su madre sintió que se le destrozaba el corazón. Ella no deseaba saber nada de David, hasta que lo quiso echar de la casa y mandarlo a un



centro de rehabilitación, pero su padrastro, que se convirtió en un verdadero padre en esos momentos tan difíciles, lo apoyó, nunca lo dejó solo y comenzó a darle consejos. Aquel día, en la cena navideña, todos se pusieron a llorar. David reaccionó y les dijo que él fumaba por *hobby*, no por vicio; les explicó que lo hacía por llamar la atención de sus padres y refugiarse de los problemas que tenía. Por último, prometió no volverlo a hacer.

Después, David abrazó a su padre y, entre llantos, le pidió que lo perdonara. Él le dijo entonces: "Aprende de estos errores que estás cometiendo en la vida". Luego, David abrazó a su madre y también le pidió disculpas, pero ella estaba tan dolida que no quiso saber nada de su hijo. Entonces él, frente a toda su familia, tíos, tías, padres y abuelos, prometió de corazón y entre lágrimas que ya no volvería a fumar.

En ese entonces, él se encontraba estudiando en el colegio para ser físico químico, pero se retiró para alejarse de sus amistades y no seguir causando más problemas a sus padres. Después de haberlo hecho, pasaba en la casa. Al notarlo, su padre le compró una *compactera* y el chico se dedicó a la música día y noche poniendo mucho empeño. Hasta que un día pudo demostrarle a su papá todo lo que había aprendido. Él, lleno de orgullo, lo abrazó y le dijo que estaba feliz al ver que su hijo se había refugiado en la música y ya no en las drogas.

David pensó en convertirse en DJ y por eso siguió concentrado en la música todos los días y las noches; se volvió su pasión. Poco después, comenzó a trabajar con su tío como electricista y le encantó el área técnica, aunque no descuidó lo que hacía con su *compactera*.

Finalmente, inició un nuevo año lectivo y él volvió a estudiar. Les hizo saber a sus padres que había cambiado de actitud, que nunca más les fallaría y los haría sentirse orgullosos.

El verdadero sueño de David siempre ha sido ser policía. Esa aspiración sigue en pie y él espera que se haga realidad. Sus padres en verdad se sienten orgullosos y felices de tenerlo como hijo, a pesar de los errores que cometió en el pasado.




**DARIANA SUÁREZ**
nació en Daule, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal José de Villamil. Su actividad favorita es leer.

# Tobal

Había una vez, en una ciudad pequeña, una niña rica que deseaba tener una mascota. Sus padres, que la querían tanto, en el día de su cumpleaños le regalaron un perro al que ella llamó Tobal.

Pasaron cinco años, la niña, que se había convertido en una joven, con todo el esplendor de sus quince primaveras, estaba dando un paseo con su querido Tobal cuando encontró a un chico medio muerto. Sin pensarlo, la chica corrió a ayudarlo.

Después de varias semanas de haber estado internado, el joven salía del hospital al que la chica lo había llevado cuando se encontró con ella.

—Luis, si no tienes un lugar a dónde ir, puedes quedarte en mi casa —le rogó. En esas semanas se habían hecho muy buenos amigos.

—No quiero darte mucha molestia, yo veré cómo me las arreglo —dijo el chico.

Sin embargo, la chica se lo suplicó hasta que él accedió a su petición y se fue a vivir con ella. Poco a poco Luis empezó a ganarse la confianza de los familiares de la joven, por lo que no era inusual que la dejaran sola con él.



Un día, los padres se fueron de viaje y ella se quedó sola con Tobal. Por la noche, el chico entró a la casa todo borracho y la chica, preocupada de que se cayera, lo llevó al cuarto, que le habían dado en el segundo piso, para que pudiera dormir. Cuando la chica estaba por salir del dormitorio de Luis, él le cogió de la mano y la comenzó a desvestir. Ella, asustada, decidió pegarle una patada en los genitales. Luego, intentó salir de allí, pero Luis cogió un espejo que estaba colgado en la pared y se lo tiró. Ella logró esquivarlo, el espejo cayó en la escalera y se rompió en mil pedacitos. La chica quiso correr al darse cuenta de que el chico se estaba aproximando, pero su cuerpo no reaccionó. En cuestión de segundos, Luis le cogió del cabello y la comenzó a golpear contra la pared.

La chica empezó a gritar con toda su fuerza pidiendo auxilio pero nadie la escuchaba, a excepción de su perro, que hasta ese momento había estado durmiendo. Subió la escalera, se tiró encima del chico y comenzó a morderlo. Entonces, Luis golpeó al perro con tal fuerza que chocó con la chica que se estaba levantando. Ella cayó por las escaleras y Tobal quedó en el filo. Cuando el perro vio que el chico quería descender por las gradas, hizo un esfuerzo por morder al chico para que no fuera tras de su dueña. Luis, cansado y herido por haber peleado con el perro, agarró una navaja que tenía en el bolsillo y empezó a apuñalar a Tobal. En sus últimos momentos de vida, el perro vio a su dueña con una pistola en la mano apuntando al chico.

Ella había aprovechado la ayuda de su perro para coger una pistola que su padre tenía guardada. Al volver vio aquella escena inimaginable: Luis apuñalando a su querido Tobal mientras este

agonizaba. Con el rostro lleno de lágrimas, apuntó a la cabeza del chico y le disparó. Luego, corrió a donde estaba su perro y lloró como nunca lo había hecho: su querido Tobal había muerto desangrado.

Una tarde soleada, muchos años después, una señora con traje lujoso está terminando una conferencia: "Por eso, queridos asistentes, debemos amar y cuidar a nuestras mascotas, ya que ellas siempre darán la vida por nosotros, muchas gracias".

**ANTONIO JOJOA**
vive en Paz y Bien, Sucumbíos. Está vinculado con la Unidad Educativa Cuyabeno.

# Durante el camino

A los trece años, yo vivía con mi mamá y mi papá. A mi hermano Celestino, a quien llamábamos "Jojoa", se lo había llevado la guerrilla hace tres años. Un día llegó la guerrilla a mi casa. Yo llegaba a las dos de la mañana y ellos habían estado esperándome. Aquellos hombres me detuvieron a cincuenta metros de llegar, me preguntaron para dónde iba y mandaron a llamar al comandante. Él me preguntó si era hermano de Miguel; yo no sabía quién era Miguel y él me dijo que mi hermano. Me di cuenta de que se

cambiaban el nombre y presté atención. Él me preguntó si quería entrevistarme con Miguel, yo dije que sí, entonces, me pidió que me fuera, porque había mucha gente en mi casa.

Al otro día regresé y ahí estaba el comandante. Me llamó y me dijo que me alistara para ir a ver a mi hermano por quince días. Muy contento, fui y le conté a mi mamá, pero ella se puso a llorar. Me pidió que no me fuera, porque no me iban a dejar volver. Pero no hice caso y le conté que me habían dicho que regresaría en quince días.

Arreglé mi ropa y, cuando me llamaron, fui. Al llegar a la vía, me embarcaron en un carro rumbo a Maizal, allá estaba el grupo. El comandante me entregó dos trajes de camuflaje y me dio la orden de bañarme en cinco minutos. Cuando me dijeron que tenía que ir a enterrar mi ropa de civil, me sentí mal y pensé que ellos me iban a regalar ropa nueva.

A los tres días llegó otra compañera, que también era nueva, y partimos por encargo de un miliciano. La marcha fue de dos días para llegar adonde él nos iba a recoger, al siguiente día a las ocho de la mañana. Yo hice un plan para regresar a mi casa, pero mi compañera me dijo que ya habíamos caminado con ellos y que no podíamos echarnos para atrás. Decidí viajar con rumbo al río San Miguel, hacia la cordillera, lo que duró ocho días más de marcha.

De pronto, escuché bulla y era otro grupo de gente nueva, que ya nos estaba esperando. Al llegar, me recibió un comandante, me preguntó si era el hermano de Miguelito y yo le dije que sí. Yo estaba echando ojo para ver a mi hermano, pero no lo veía; entonces, pregunté por él y me respondió que no estaba en aquel grupo, que él estaba muy lejos. Le confesé que yo solo había ido a ver a mi hermano y que, entonces, pensaba regresarme; él me dijo

que ya había caminado con ellos y que no podía irme. Me quedé pensativo y pensé en mi mamá y lo que me había dicho.

Empecé el curso y, cuando llevábamos cuatro meses de entrenamiento, seleccionaron a ocho de los sesenta que habíamos ido. Nos apartaron de ese campamento y nos llevaron para otro curso más especializado, en ese grupo iba yo. Dos meses duró la práctica de pistolero; luego, nos regresaron al campamento y se acabó el curso. Yo me acordaba de mi mamá, de mis hermanos y extrañaba mucho mi comida.

Durante tres meses, marchamos rumbo a la Caucasia. Ahí estaba el grupo del frente cuarentaiocho y de nuevo volví a echar ojo por mi hermano. No me importaba en qué estaba, sino ver de nuevo a mi hermano, eso para mí era suficiente. Un día vino el comandante del frente, Pedro Martínez, y me preguntó si era hermano de Miguelito, yo le dije que dónde estaba, que quería verlo, y él me indicó que había desertado. Esas palabras fueron para mi fatales, pensé que lo iban a fusilar. Entonces, el comandante me dijo: "Tranquilo, hijo, vuelve a casa".

Empecé a caminar durante siete meses y, un día, mi hermano regresó al movimiento. Fue una gran alegría cuando lo vi. Él regresó por mí. Después de un año y medio, tuve el primer combate. Tenía mucho miedo, pero había ido con los antiguos y ellos me cuidaban. De los sesenta que habíamos ido, solo quedaba yo. De ahí me trasladaron a La Chaqueta. Ya estaba dos años en el movimiento y tuve otro combate. Salí herido levemente. Empecé a sentir el dolor y mi sangre que se derramaba. Eso me hizo querer venganza y, cuando me alenté, quería estar en otro enfrentamiento, para mirar con mis ojos al enemigo y quizás matarlo. Salí para el departamento de Nariño. Operábamos treinta

hombres en las zonas de La Victoria, Junes, Puerros, Samaniego, Las Lajas, Monopamba, Córdoba, San Juan de Pasto y Sibundoy. Durante cuatro años, vi morir a muchos de mis compañeros y a muchos de mis enemigos, pero yo seguía vivo.

En el combate en Putumayo, me hirieron el pie. Permanecí ocho días en el monte, hasta que me sacaron a la ciudad de Lago Agrio; tenía muchos gusanos y estaba inválido, solo podía escuchar lo que decían, porque ya no podía ni ver. Salí de la clínica a los tres meses, ya recuperado y en muletas, y me mandaron a mi casa. Fue un dolor para mi madre verme llegar de esa manera. Permanecí un año en muletas y regresé al movimiento, pero empecé a ver la corrupción en aquellos mandos, que se decían ser el ejército



del pueblo y no lo eran. Extorsionaban a la gente campesina y les cobraban un impuesto muy elevado.

Tuve noticias de que mi madre estaba enferma. Hablé con un comandante para que me ayudara a ir a visitarla o que le enviaran algo para ayudarla. Me supo decir que allí no teníamos madre, ni padre, ni hermanos, solo teníamos hermanos de lucha. Me sentí mal y decidí llegar a casa de nuevo. Lo que me ayudó fue que yo manejaba el plan de servicio. Esa noche estructuré la guardia a mi manera y dejé un blanco para poder salir. Eran las nueve y media de la noche y partí. Fueron cuatro días de caminar día y noche. Llegué a un punto donde vivía un tío y, con él, mandé a llamar a mi madre. Cuando llegó, le conté todo; por un lado, estaba contenta y, por otro, preocupada porque me buscaban. Entonces, ella me dijo que me fuera para donde mi hermana, que estaba en Ecuador. Empezamos a caminar con mi mamá y unas partes fuimos en canoa. Llegamos al puente internacional de San Miguel y, de ahí, fuimos en carro hacia Lago Agrio. Allí encontramos paz y bien.

Vida restaurada

Duré muchos años en Ecuador, pero el alcohol y las drogas me hicieron armar un plan para conseguir dinero, así que caí preso. Guardaba la esperanza de que una persona, a la que le tenía mucha confianza, me ayudara. Mandé la razón para que viniera por mí, pero pasaron días y años y él no llegó. Alguien me habló de un amigo que podía ayudarme y me presentaron a Jesucristo. Yo quería saber quién era, pero estaba muy ocupado echando cabeza en cómo fugarme de la prisión. Nos íbamos a fugar algunos. Unos estaban presos por impuestos al banano, otros por asesinato, secuestro, narcotráfico y violación, entonces íbamos para largo.

Empezamos a romper el calabozo y, después de quince días, logramos hacer el hueco. A las ocho y media de la mañana, salió el condenado por violación, luego, el del narcotráfico, tercero, el de asesinato y después iba el del secuestro, que era yo. Pero cambié de plan y me quedé. Me llevaron al tribunal y me leyeron la sentencia: veinticinco años de prisión. Duré siete meses en el calabozo y fui trasladado a la cárcel de Archidona.

Allí, me acordé que me habían presentado a un amigo, Jesucristo, y que podía conocerlo por medio de la Biblia. Empecé a leerla y la cosa fue diferente de lo que pensaba. Me enteré de que él era el rey de reyes, señor de señores, médico de médicos, abogado de abogados, y me gustó. Empecé a conocerlo sin que me importara mi sentencia. Seguía leyendo y descubrí, a través de su palabra, que estaba enfermo desde la planta del pie hasta la punta de la cabeza; no había en mí nada sano, sino heridas, hinchazón y llagas, que no estaban curadas. Me preocupé mucho y se me conmovió el corazón de dolor, por haber hecho tanto mal, pensé que no tenía esperanzas. Seguí leyendo y el señor me habló: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Isaías 1:18). Volví a leer la cita y comprendí que no importaba la situación ni los errores cometidos.

Un día, se presentó un psicólogo al que los alcohólicos y los drogadictos podíamos asistir, para tener una rehabilitación y ser desintoxicados. Mi proceso tenía ya quince años y pensé que había sido mucho tiempo, entonces me entregué a Jesucristo y él perdonó mis pecados. Me salvó del alcohol y las drogas en un abrir

y cerrar de ojos. Ya no tenía ganas de nada de eso, solo me quedó el deseo de leer más la palabra de Dios. Me entregué a Jesucristo y pude ver su poder.

Me había llegado la sentencia y el jurídico me mandó a llamar para leérmela. Empezó a leer y se quedó mirándome a los ojos; me dijo que, seguramente, tenía mucha plata para que me hayan dado esa sentencia. Recordé que los abogados de Lago Agrio me iban a cobrar treinta mil dólares para que me rebajaran a dieciséis años la condena por secuestro. Entonces, solo di gracias al Señor y empecé a creer que él es el abogado de abogados.

Después de dos años, fui trasladado a la cárcel de Sucumbíos y, de pronto, alguien me dijo que mi boleta había llegado. A los cinco años, el Señor me liberó, me habían rebajado veinte años. Fui bautizado en el nombre de Jesucristo, fui bautizado en el nombre del espíritu santo y ahora hablo del Evangelio, que es el poder de la salvación.




**ROXANA SANTILLÁN** nació en Milagro, Guayas, en 1978. Estudia en el proyecto Nacional del Alfabetización de Educación Básica para Jóvenes y Adultos de la Unidad Educativa Víctor Ron. Su actividad favorita es bailar.

# Una nueva oportunidad

Este es el relato de mi vida. Yo, Roxana Santillán Mora, nací el 25 de agosto de 1978, en medio de una situación conflictiva. En cuanto mi madre me dio a luz, mi padre nos abandonó. Ella tuvo que ofrecerle dinero a cambio de que me reconociera como hija y me diera el apellido. Desde entonces mi madre trabajó duro para darme de comer, pero al ver que no lograba hacerlo y cuidarme

al mismo tiempo, cuando yo tenía cuatro años de edad decidió regalarme a una señora.

Ella sufrió mucho por haber hecho eso. Arrepentida de su decisión, un año después le pidió a la señora que me devolviera. Regresé con mi madre pero ella tuvo que pagarle a esa mujer cada sucre que había gastado en mí mientras me cuidó.

Pasó el tiempo y, cuando cumplí quince años, me enteré de que mi padre llevaba preso mucho tiempo. Un buen día le pedí a mi madre que me dejara ver a mi padre a manera de regalo, pero ella se molestó y no me hizo caso. Poco después me envió a vivir con mi abuelito de parte de padre. Yo le conté mi historia y cómo desde mis siete años había tenido que trabajar en una bananera,



igual que mi madre. Al escuchar esto él se puso a llorar y me pidió perdón por no haberse interesado en mi destino a pesar de que era su nieta.

Debido a la falta de dinero, no estudié ni en la escuela ni en el colegio. Además, no tenía tiempo para hacerlo ya que trabajaba en la bananera desde las 5 a. m. hasta las 7 p. m. A los dieciocho años me casé. Me tocó un hombre malo que me maltrataba. De ese matrimonio nacieron dos hijas. El padre no me apoyaba para cuidarlas. Cansada de tanto abuso, decidí salir de su casa y busqué la ayuda de unas amigas. Esas amistades me llevaron a la prostitución. Trabajé en eso casi cinco años. Fue entonces cuando conocí a un hombre. Me enamoré mucho, pero fue él quien me hundió más en esa vida. Fruto de esa relación nació una hija, a quien no he vuelto a ver. Debe tener ya quince años de edad pero, como no sé nada de ella, no puedo tenerla a mi lado.

Hoy en día estoy casada con un buen hombre que me sacó de la prostitución. Tengo un niño de nueve años. Se me han abierto nuevas puertas que me han permitido ser respetada, que me llamen señora y me amen. Aunque en todo hogar hay problemas, doy gracias a Dios por haberme dado una nueva oportunidad de trabajar y educarme.

**DELIA DOLORES AGUIRRE**
nació en Riobamba, Chimborazo, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Puruha. Su actividad favorita es escuchar música.

# El hombre que hacía asustar a los borrachos

Hace muchos años, mi abuelita me contó que ella vivía con mi abuelito en un lugar al que solo se podía llegar pasando por la quebrada de Guzo. Una noche, ambos fueron a una fiesta. Mi abuelita regresó sola a la casa, porque mi abuelito se quedó

tomando con sus amigos. Eran ya las doce y media de la noche, cuando él regresó solo a la casa. Estaba por pasar la quebrada, cuando se encontró con un hombre alto, vestido todo de negro, con un sombrero bien grande, botas de cuero, una chompa que le cubría hasta las rodillas y que no se dejaba ver la cara. Mi abuelito se asustó. La persona con la que se había encontrado le dijo: "¿De dónde vienes? Quedémonos un rato a conversar. Si quieres plata te la voy a regalar. Yo no quiero nada a cambio, solamente que tú vengas todas las noches a conversar conmigo y a tomar un par de copas". Luego, esa persona le mostró mucho dinero. Mi abuelito, aterrorizado, se subió en un árbol hasta que el hombre desapareció. Cuando pasó un carro mi abuelito bajó y se fue a la casa. Al siguiente día, le conversó a mi abuelita lo que le había pasado.

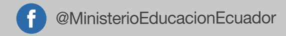


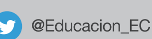
En otra ocasión, se organizó una fiesta a la que solo fue mi tío. Eran las doce de la noche y no volvía a la casa. Entonces su mujer y yo nos fuimos a buscarlo. Lo encontramos en una tienda con unos amigos tomando. Lo estábamos llevando a la casa, pero al pasar por una quebrada él se puso rebelde y no quiso seguir. Me decía: "Suéltame", parecía que quería pegarle a su mujer. Yo le cogí del brazo y le dije: "Tío, vamos a la casa". Él exclamó: "¡Ahí está alguien parado en la quebrada!". Su mujer y yo le dijimos: "No hay nadie, vamos breve", pero él insistía en que alguien estaba ahí. Nos repitió: "¿Vieron que está ahí? Suéltenme, yo voy a ir a conversar con él, suéltenme", pero nosotros lo llevamos a la casa a la fuerza. Cuando llegamos continuaba diciéndonos: "No me tengan, suéltenme", pero ya nadie lo estaba sosteniendo. Él empezó a decir que alguien estaba teniéndolo, que le iban a pegar, lanzaba trompones con sus manos y cabezazos contra la pared. No se cansaba de decir: "Allá está esa persona con un cuchillo".

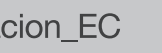
Nunca supimos qué fue lo que apareció ante los ojos de mi tío cuando estuvo borracho. Al día siguiente, dijo que no se acordaba de nada ni sentía el dolor de las manos por haberlas golpeado contra la pared.




En este libro se ven reflejados algunos problemas que aquejan a nuestra sociedad: el alcoholismo, la violencia intrafamiliar, la delincuencia, el *bullying*, la discriminación, entre otros. Esperamos que al leer estas historias, recapacitemos y seamos capaces de generar cambios positivos en nuestro entorno.










/Educacionecuador






**Dirección:** Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
**Teléfono:** 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
**www.educacion.gob.ec**